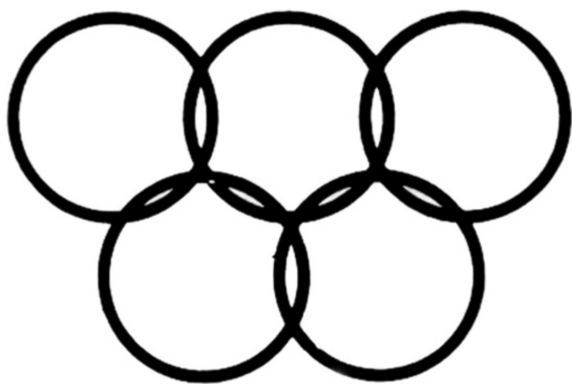


CON LOS GUANTES POR DELANTE

Joseph Berna



COLECCION
DOBLE JUEGO

ECSA

JOSEPH BERNA

CON LOS GUANTES POR DELANTE

Colección
DOBLE JUEGO n.º 7
Publicación semanal

EDICIONES CERES, S. A.
AGRAMUNT, 8 - BARCELONA (23)

ISBN 84-7518-048-5
Depósito legal: B. 10.938-1982

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: mayo, 1982
1.ª edición en América: noviembre, 1982

Esta edición es propiedad de
EDICIONES CERES, S. A.
Agramunt, 8
Barcelona - 23

Impreso en los Talleres Gráficos de EBSA
Parets del Vallès (N-152, Km 21.650) Barcelona – 1982

CAPÍTULO PRIMERO

Tony Grant, de veintiocho años de edad, moreno, metro ochenta de estatura, complexión atlética y facciones agradables, era redactor del «New York Herald», un periódico de mediana categoría que se editaba en la ciudad de los rascacielos.

Se encontraba en su apartamento.

Y muy bien acompañado, por cierto.

Sí; porque junto a él tenía a Pamela Ericson, una pelirroja sensacional, con las piernas casi totalmente al aire, pues su vestido era descaradamente corto.

Y como ambos estaban sentados en el sofá del *living*...

Mientras se besaban golosamente, Tony posó su mano sobre los torneados muslos de Pamela y comenzó a acariciarlos, suave y lentamente, llegando incluso a rozar el blanco slip de nylon que protegía el más íntimo rincón femenino.

La pelirroja tuvo un ligero estremecimiento y separó su boca de la del periodista.

—Lo estamos pasando bien, ¿verdad, Tony?

—Ya lo creo —sonrió el joven—. Pero aún lo pasaremos mejor. Tenemos toda la noche por delante.

—¿Cuándo piensas hacerme la entrevista?

—¿Qué entrevista? —murmuró Tony, dándole un delicioso mordisquito en la barbilla.

—¿Has olvidado que eres periodista?

—Yo no soy periodista, soy bombero.

—¿Bombero...?

—Sí, y como tú tienes fuego en los labios, mi obligación es apagarlo.

—¿Cómo, Tony? —preguntó la pelirroja, con pícaro gesto.

—A besos, naturalmente —respondió el periodista, cubriendo de nuevo los tentadores labios de Pamela Ericson con los suyos.

La pelirroja se dejó besar solo una vez.

Después, dijo:

—Solicito unos minutos de tregua, señor bombero.
—¿Para qué, hoguera de mis sueños?
—Quiero aclarar lo de la entrevista.
—Dejemos eso para después, nena.
—Tienes que hacérmela, Tony. El director de tu periódico te lo ordenó.
—Al diablo con mi jefe —rezongó el joven, y mordió hábilmente el suave cuello de la pelirroja.
Ella dio un gritito, más de placer que de otra cosa.
—¡Eres un caníbal, Tony!
—Teniendo al lado una mujer como tú, hasta un vegetariano se volvería caníbal.
Pamela Ericson no pudo contener la risa.
—Eres tremendo, Tony.
El periodista, que no dejaba de acariciarle las piernas, murmuró:
—¿Me pongo el casco ya?
—¿Casco...? ¿Qué casco?
—El de bombero, naturalmente.
La pelirroja volvió a reír.
—Insistes en apagar mi fuego, ¿eh?
—Sí.
—¿Me das tu palabra de que luego me harás la entrevista?
—Te lo prometo.
Pamela Ericson lo miró con ojos brillantes.
—De acuerdo, señor bombero, puede ponerse el casco.
—Te demostraré lo eficaz que soy, antorcha mía —repuso el periodista, estrechándola entre sus brazos.
Justo en el instante en que se disponía a besarla en los labios, se escuchó un timbre.
—Un momento, Tony —le frenó ella—. Está sonando el teléfono.
—Te equivocas, es el despertador.
—¿A las diez de la noche...?
—Se habrá estropeado. Mañana lo llevaré a reparar.
—Tony, lo que está sonando es el teléfono... Vamos, cógelo. Puede ser importante.
—Más importante que besar tus jugosos labios, imposible.
—Venga, contesta —sonrió Pamela—. Ya seguiremos después jugando a la hoguera y el bombero.

Tony Grant emitió un gruñido, estiró el brazo y tomó el auricular, llevándoselo al oído.

—Aquí el Parque de Bomberos —dijo—. ¿Qué se le esté quemando?

—¿Cómo...? —exclamó una voz masculina, al otro extremo de la línea telefónica.

—Si no se trata de un incendio importante, apáguelo con el extintor de su coche. Buenas noches.

—¡Eh, oiga! —ladró el tipo.

—¿Qué pasa, no tiene usted coche?

—¡Por todos los demonios! ¡Quiero hablar con Tony Grant!

—El bombero Grant está atendiendo un servicio —informó el periodista, mirando a Pamela Ericson—. ¿Por qué no llama mañana, amigo?

El tipo enmudeció unos segundos.

De pronto, exclamó:

—¡Tú eres Tony!

—Oh, no, se equivoca. Yo soy el bombero de guardia.

—¡Y un cuerno!

—¡Eh, un respeto con el cuerpo de Bomberos, amigo!

—¡Déjate de estupideces o te despido ahora mismo, Tony!

El periodista respingó.

—¿Despedirme...?

—¡Soy James Cooper, imbécil!

Tony Grant tuvo un acceso de tos.

—Mil perdones, jefe.

—¡Mil pimientos! —relinchó James Cooper, director del «New York Herald».

—Pero, jefe, ¿cómo iba a saber yo que...?

—¡Ni una palabra más, Tony!

—Sí, jefe.

—No estás solo, ¿verdad?

—No, estoy acompañado.

—¿Quién está contigo?

—Pamela Ericson, la modelo publicitaria que realiza el anuncio de las medias «Cupido» en Televisión, y que mientras se las pone dice con gesto sensual: «Usa medias “Cupido”, y no te quedarás sin marido». ¿Conoce usted el «spot», jefe?

—¡Yo uso calcetines!

—Hombre, yo también, pero… —carraspeó el periodista.

—¿Has terminado la entrevista, Tony?

—Todavía no, jefe.

—No importa, ya la acabarás mañana. Tienes algo urgente que hacer.

—Pero, jefe…

—¡No discutas, Tony! ¡Dile a la modelo que se vaya a su casa!

El periodista miró a Pamela Ericson.

La pelirroja, que oía perfectamente lo que decía el director del «New York Herald», brincó del sofá, furiosa, atrapó su bolso, y trotó hacia la puerta del apartamento.

—¡Pamela! —la llamó Grant.

—¡Vete al diablo, Tony! —gritó ella, y abandonó el apartamento, dando un tremendo portazo.

El periodista suspiró.

—La chica acaba de irse, jefe —informó, resignado.

—Bien.

—¿Qué es eso tan urgente que tengo que hacer?

—Tienes que ir inmediatamente al Madison Square Garden.

—¿Al Madison…?

—Se está celebrando una importante velada de boxeo. Ya habrán comenzado los combates preliminares, pero el que realmente interesa a los aficionados es el que se disputará en último lugar, que enfrenta a Mike Sullivan, de San Francisco, con Bruce Kelly, de Nueva York. Es el combate estelar de la noche. Tú te encargarás de comentarlo en nuestro periódico.

—El comentarista deportivo del «New York Herald» es Alex Fosley.

—Cierto.

—¿Por qué no lo manda a él?

—Ha sufrido un accidente y se encuentra internado en una clínica. Tiene la cadera rota.

—Cuánto lo siento. De todas formas, no creo que sea yo la persona más adecuada para sustituir a Alex Fosley, jefe.

—¿Por qué?

—No entiendo ni jota de boxeo, créame. Una vez oí hablar de Cassius Clay, y pensé que se trataba de un campeón de billar.

—¡No hagas chistes, maldita sea! —rugió Cooper.

—No es un chiste, jefe, se lo aseguro.

—¡Tienes que ir al Madison, Tony!

—De acuerdo, si usted me lo ordena, iré al Madison. Pero los comentarios de los combates me saldrán muy mal, porque ni siquiera conozco las reglas del boxeo.

—Los colegas te ayudarán, no te preocupes. Además, no creo que sea tan difícil saber si Mike Sullivan boxea mejor que Bruce Kelly, o viceversa. Bastará con que te fijes en cuál de los dos pega más y mejores puñetazos. Por otra parte, se espera que la pelea concluya antes de que se consuman los quince asaltos reglamentarios. Todos los críticos vaticinan que Bruce Kelly vencerá a Mike Sullivan por fuera de combate. Ya verás cómo encuentras menos dificultades de lo que piensas.

—Si usted lo dice…

—Vamos, Tony, no pierdas más tiempo. Sal enseguida para el Madison. Y si haces las cosas bien, tendrás una prima de cincuenta dólares.

El periodista respingó en el sofá.

—¿Dijo cincuenta dólares, jefe?

—Contantes y sonantes.

—¡Corro ahora mismo hacia el Madison, jefe! —exclamó el joven, y colgó el teléfono.

CAPÍTULO II

Tony Grant estacionó su automóvil, un «Ford» oscuro, cerca del Madison Square Garden. Saltó al suelo y corrió hacia el famoso recinto deportivo.

El Madison se hallaba abarrotado de público.

Tony fue conducido por uno de los aposentadores hasta las sillas reservadas a los críticos deportivos, ubicadas tan cerca del *ring* que casi podía tocarse el cuadrilátero con la mano, si uno estiraba el brazo.

El empleado le indicó cuál era la silla que correspondía al «New York Herald» y el periodista la ocupó, no sin antes darle una propina al acomodador.

A la derecha de Tony se hallaba Bob Nolan, comentarista deportivo de la revista «Ring World». Era un tipo de mediana edad, y tenía el pelo rubio.

A la izquierda de Tony, estaba Stan Perkins, que trabajaba para el «American Sport». Tenía el cabello rojizo y aparentaba unos treinta años.

Ambos preguntaron por Alex Fosley, y Tony tuvo que explicarles lo que le había sucedido a su compañero.

—¿Vas a ocuparte tú de las páginas deportivas del «New York Herald», Tony? —preguntó el rubio Nolan.

—Eso quiere el jefe, que sustituya a Alex. Pero lo veo muy difícil, porque yo no entiendo de boxeo —confesó Grant.

—Todo se aprende, muchacho —sonrió el pelirrojo Perkins—. Si tienes dudas, pregunta. Te echaremos una mano con mucho gusto.

—Gracias, muy amables. Voy a necesitar vuestra ayuda.

—Nos tienes a tu disposición, Tony —dijo Bob Nolan.

—El jefe me dijo que el combate más importante es el que se disputa en último lugar.

—Efectivamente —asintió Stan Perkins—. Este de ahora es el quinto combate de la noche. Cuando acabe, subirán al *ring* Mike Sullivan y Bruce Kelly. Es el plato fuerte de la velada.

—¿Es cierto que Bruce Kelly es el favorito?

—Sin duda alguna.

—¿Por qué? ¿Tan superior es a Mike Sullivan?

—No, Bruce Kelly no es superior a Mike Sullivan, pero le vencerá antes del sexto o séptimo asalto, ya lo verás.

Tony Grant compuso un gesto de extrañeza.

—No lo entiendo, Stan.

—Es natural, teniendo en cuenta que tú eres novato en esto.

—¿Por qué no me lo explicáis un poco mejor, muchachos?

—Verás, Bruce Kelly ganará la pelea porque pertenece al gimnasio de Larry Hartman —informó Bob Nolan.

—¿Qué significa eso?

—Los boxeadores que tiene contratados Larry Hartman suelen perder muy pocas peleas. Desde hace cosa de año y medio, ninguna.

—Pero si Bruce Kelly no es superior a Mike Sullivan…

—Eso no importa, Tony.

—Lo siento, chicos, pero sigo sin entenderlo.

—No te calientes los sesos, Tony. No vale la pena, porque hay problemas que no tienen solución. Y este es uno de ellos. Nosotros nos limitaremos a presenciar el combate entre Mike Sullivan y Bruce Kelly, y luego comentaremos en nuestros respectivos periódicos o revistas el desarrollo del mismo, sin ponerle ningún pero a la victoria del neoyorquino, porque es lo más aconsejable.

—¿Aconsejable?

—Sí, muchacho. No es conveniente meterse con los boxeadores de Larry Hartman. Especialmente, si estos ganan sus combates. Y como así viene sucediendo últimamente…

—¿Por qué no es conveniente, Bob?

—Porque trae problemas.

—¿Qué clase de problemas?

—De todo tipo. Pero, bueno, nos estamos alejando de la cuestión, Tony —sonrió el rubio Nolan—. Lo que Stan y yo debemos hacer es informarte sobre la técnica del boxeo, no embrollarte con sus oscuras interioridades. Al fin y al cabo, tú estás circunstancialmente en esto. Cuando Alex Fosley esté bien, volverás a lo tuyo y te olvidarás que existe un deporte llamado boxeo.

El joven fue a insistir, pero Stan Perkins señaló:

—Ha terminado el quinto combate, Tony. Enseguida tendremos

en el cuadrilátero a Mike Sullivan y Bruce Kelly. Prepara tu bloc de notas.

Efectivamente, había sonado la campana, dando fin al último asalto de la pelea, que no había podido acabar antes del límite. Los jueces entregaron sus cartulinas, con la puntuación otorgada a cada púgil, y por los altavoces se dio el nombre del vencedor.

El árbitro levantó el brazo del boxeador triunfador, un muchacho de apenas veintidós años, que sonrió sin ganas y saludó al público, antes de retirarse del *ring*.

Tony Grant comprendió que el boxeador victorioso no tuviera demasiadas ganas de sonreír, porque tenía los labios hinchados, un pómulo abierto, el ojo derecho color chocolate, y le sangraba la nariz.

Sin embargo, peor estaba el púgil derrotado, pues su rostro resultaba poco menos que irreconocible. Era talmente una masa de carne hinchada, amoratada y salpicada de sangre.

El periodista, muy impresionado por la crudeza del espectáculo, preguntó:

—¿A vosotros os divierte esto?

—Bueno, no siempre resulta tan desagradable... —respondió Bob Nolan—. Lo que sucede es que estos boxeadores tan jóvenes apenas saben lo que es un cuadrilátero, no tienen experiencia. No poseen técnica, no saben cubrirse, ni burlar los golpes del contrario... Empiezan a sacudirse, sin pensar en otra cosa. Así acaban, los pobres.

Stan Perkins iba a añadir algo, pero en ese preciso instante se escuchó un griterío ensordecedor.

El público se había percatado de que Mike Sullivan y Bruce Kelly venían ya hacia el *ring*, y no cesaba de animarles para que les bridasen una gran pelea.

Ambos boxeadores subieron al cuadrilátero.

El presentador de la velada cogió el micro y facilitó a los aficionados los datos de rigor.

Bruce Kelly, el púgil neoyorquino, pesaba noventa y dos kilos, medía 1,78 de estatura, tenía veintinueve años, y poseía unos músculos impresionantes.

Mike Sullivan, el boxeador de San Francisco, había dado en la báscula ochenta y siete kilos, contaba veintiocho años, y podía

sentirse orgulloso de su complexión física. No era tan corpulento ni tan musculoso como su rival, aunque si cuatro centímetros más alto, pues su talla era de 1,82. Y daba la impresión de ser también más ágil y poseer mejores reflejos.

Tony Grant, sin saber exactamente por qué, sintió una repentina simpatía por el púgil californiano y deseó su triunfo.

Instantes después, daba comienzo el combate.

Mike Sullivan y Bruce Kelly empezaron a danzar, estudiándose mutuamente antes de lanzar los primeros golpes.

El californiano debía de ser un buen estudiante, pues a los pocos segundos de iniciada la pelea, ya le había sacudido con el guante derecho en todas las narices al neoyorquino.

Bruce Kelly intentó devolver el golpe, para nivelar cuanto antes la puntuación del asalto, pero contraatacó sin acierto, ya que su guante solo golpeó el aire.

Sullivan, muy rápido de movimientos, le tapó la boca a su rival con el guante zurdo. Gracias al protector de dientes, Kelly no escupió un par de ellos.

La derecha del californiano entró nuevamente en acción, calentando la oreja zurda del neoyorquino, quien emitió un rugido de dolor.

A continuación, Mike Sullivan lanzó una rápida serie de golpes, fallando muy pocos. Bruce Kelly se cubrió el rostro, porque era allí donde le castigaba el californiano.

Entonces, Sullivan le castigó el estómago, el hígado, y los flancos.

Sus puños eran dos martillos.

Kelly lo estaba pasando francamente mal, pues no sabía cómo detener la avalancha de golpes. Unos golpes duros, precisos, contundentes, que le hicieron trastabillar más de una vez, faltando muy poco para que doblara la rodilla.

Por fortuna para al neoyorquino, la campana sonó y concluyó el primer asalto, regresando cada púgil a su rincón.

Tony Grant, visiblemente satisfecho por el cariz que estaba tomando el combate, exclamó:

—¿Quién dijo que Bruce Kelly iba a derrotar fácilmente a Mike Sullivan?

Bob Nolan y Stan Perkins cambiaron una extraña mirada.

El primero repuso:

—Eso es solo el principio, Tony. Mike Sullivan ha empezado muy bien, pero los boxeadores de Larry Hartman suelen tener unas reacciones arrolladoras.

—Es cierto —corroboró el pelirrojo Stan—. Cuando todo parece indicar que van a caer derrotados, reaccionan de manera asombrosa y mandan a la lona a sus rivales, quedando estos sin fuerzas para levantarse.

Tony creyó captar un leve matiz irónico en las palabras del comentarista deportivo del «American Sport».

No hablaron más, porque el minuto de descanso había concluido y la campana ya estaba sonando de nuevo, dando comienzo el segundo asalto.

Mike Sullivan salió decididamente en busca de su rival.

Lo encontró, claro.

No es fácil esconderse en un *ring*.

Tal vez por eso Bruce Kelly no lo intentó.

El neoyorquino adivinaba que aquel segundo asalto iba a ser otro calvario para él, y no se equivocó.

Sullivan le zurró con ganas.

A pesar de todo, Kelly no sufrió ninguna caída, gracias a su extraordinaria fortaleza. No obstante, hubo varios momentos en que pareció que iba a derrumbarse.

El público, lógicamente, animaba al púgil de San Francisco, porque estaba demostrando ser mucho mejor que su oponente.

Al poco de comenzar el tercer asalto, sin embargo, las cosas empezaron a cambiar. Mike Sullivan golpeaba con menos potencia, con menor precisión, dando la impresión de que acusaba el esfuerzo de los dos asaltos anteriores.

Bruce Kelly se percató de ello y comenzó a contragolpear, logrando alcanzar al californiano con cierta facilidad, porque los reflejos de este ya no eran tan buenos como antes, como tampoco su movilidad.

Los espectadores empezaron a animar al boxeador neoyorquino.

Este tercer asalto resultó mucho más equilibrado.

El cuarto, ya no.

Mike Sullivan salió de su rincón vacilante, y Bruce Kelly le golpeó a placer, sin encontrar apenas réplica.

El boxeador de San Francisco era talmente una sombra que deambulaba por el *ring*, trastabillando continuamente, sin fuerzas, sin ideas, sin capacidad de reacción.

Ya no podía ni cubrirse el rostro, porque no podía con el peso de los guantes, lo cual le vino muy bien a Bruce Kelly para colocarle un terrible golpe en el mentón.

Mike Sullivan se derrumbó como una pared, quedando tendido de espaldas sobre la lona.

El árbitro mandó a Bruce Kelly al rincón neutral e inició la cuenta de los diez segundos. Como Mike Sullivan no se levantó, proclamó al neoyorquino vencedor del combate por K.O.

El público ovacionó a Bruce Kelly, entusiasmado por su fantástica reacción. El boxeador saludó a los espectadores, con los brazos en alto, sonriente, feliz, jubiloso por su triunfo.

Tony Grant se había quedado muy quieto en su silla, sin poder comprender lo que había pasado.

—¿Cómo es posible que…? —murmuró, mirando a Nolan y Perkins.

—La clásica reacción de los boxeadores de Larry Hartman —respondió el rubio Bob, con amarga ironía.

Tony movió la cabeza.

—No, muchachos, nada de reacción. Aquí ha pasado algo raro.

—¿Raro? —repitió el pelirrojo Stan.

—Sí, el tercer asalto no fue normal. Mike Sullivan estaba desorientado, sin fuerzas, vacilaba como un borracho y su mirada no era clara. Por eso pudo reaccionar Bruce Kelly, porque el californiano no salió de su rincón en condiciones normales.

Nolan y Perkins cambiaron una nerviosa mirada.

El primero aconsejó:

—Será mejor que dejes de pensar cosas raras, Tony.

—No, muchachos —Grant sacudió la cabeza de nuevo—. No voy a silenciar en mi comentario del «New York Herald» lo que he presenciado esta noche. Y no solo eso, sino que voy a tratar de averiguar por qué se producen las clásicas reacciones de los boxeadores de Larry Hartman.

Dicho esto, el joven se puso en pie y se alejó con paso rápido, camino de la salida del recinto deportivo, dejando muy preocupados a Bob Nolan y Stan Perkins.

CAPÍTULO III

Angela Dawson se disponía a colocar una hoja de papel en su máquina de escribir cuando vio entrar en su oficina a Tony Grant.

—Oh, no… —rezongó la joven, interrumpiendo su acción.

Era una muchacha morena, de rostro atractivo y formas esbeltas. Contaba veintitrés años de edad, y pertenecía también a la plantilla de redactores del «New York Herald».

—Buenos días, Angela —saludó Tony, con una sonrisa.

—¿Qué diablos quieres? —gruñó la joven.

—Invitarte a almorzar.

—Gracias, pero no puedo aceptar.

—¿Por qué?

—¿Es que tengo que darte explicaciones?

—Sigues enfadada conmigo, ¿eh?

La muchacha no respondió.

Tony lanzó un suspiro.

—Tienes motivos para estarlo, lo comprendo. Tenía una cita contigo y me largué con una rusa.

—¡De rusa, nada! —estalló Angela—. ¡La chica era de Illinois, y acababa de ganar el concurso de «Miss Anatomía»!

—Pues sabía tocar la balalaika… —carraspeó Grant.

—¿Y qué más sabía tocar?

—¿Por qué no olvidamos lo que pasó, Angela?

—¡Olvídalo tú, si quieres! ¡Yo lo recordaré siempre!

—¿Qué puedo hacer para que me perdones?

—¡Nada!

—Por favor, Angela…

—¡Lárgate, que tengo trabajo!

Tony suspiró.

—Está bien, no te molesto más —dijo, y dejó la oficina de Angela Dawson.

Se encaminó hacia el despacho de James Cooper.

El director del «New York Herald» estaba sentado en su sillón, y

tenía la mesa llena de periódicos y alguna que otra revista deportiva.

—Buenos días, jefe —saludó Tony Grant, sonriente—. ¿Me he ganado los cincuenta pavos que me prometió…?

James Cooper rondaba los cincuenta años de edad, era más bien bajo de estatura y le sobraban algunos kilos. Tenía la cabeza redonda y las mejillas coloradas.

—¿Has hojeado los periódicos de la competencia, Tony? —preguntó, con voz ronca.

—No. ¿Por qué?

—Si lo hubieras hecho, sabrías que no te has ganado los cincuenta dólares extra. ¡Tu crítica del combate estelar de la velada es un desastre!

—¿De veras piensa eso, jefe?

—¡Sí, porque no cuentas más que tonterías!

Tony Grant meneó la cabeza.

—Lamento no estar de acuerdo con usted, jefe. Mi comentario sobre el combate entre Mike Sullivan y Bruce Kelly tal vez no sea muy técnico, porque no se le pueden pedir peras al olmo, pero por lo demás…

—¿Por qué aseguras que Mike Sullivan debió ganar la pelea? —tronó James Cooper, tremendamente furioso.

—Porque el californiano es muy superior a Bruce Kelly. Este no le llega ni a la suela de las botas. Mike Sullivan tomó la iniciativa del combate desde el primer momento, siempre atacó con los guantes por delante, y al neoyorquino le faltaban manos para cubrirse. Tenía usted que haberlo visto, jefe. Fue algo realmente fantástico. A mí no me gusta el boxeo, pero le confieso que me entusiasmé como el que más viendo sacudir a Sullivan. El californiano posee un estilo envidiable. Es un gran boxeador, se lo aseguro.

—¡Pues eres el único que opina así, Tony! ¡Entre casi dos docenas de críticos deportivos, muchos de ellos de reconocido prestigio, tú has sido el único que ha tirado por los suelos a Bruce Kelly!

El periodista se encogió de hombros.

—Yo conté en mi comentario lo que vi sobre el cuadrilátero, jefe. Y lo que vi ya lo ha leído usted. Si Mike Sullivan se enfrentara

cien veces a Bruce Kelly, cien veces resultaría ganador el púgil de San Francisco. Pero en condiciones normales, claro está.

—¡Esa es otra de tus tonterías! —rugió Cooper—. ¿Por qué afirmas que a Mike Sullivan le ocurrió algo anormal cuando empezó el tercer asalto?

—Porque así fue, jefe. Bruce Kelly estaba prácticamente vencido cuando salió a disputar el tercer asalto. Sin embargo, Mike Sullivan, que hasta ese momento había dominado claramente la pelea, empezó a perder las fuerzas de forma rápida y progresiva, sin causa alguna que justificase ese tremendo bajón físico, pues Kelly apenas le había rozado con sus guantes en los dos primeros asaltos. No sé lo que le pasó al californiano, pero me he propuesto averiguarlo.

—Eso que dices es absurdo, Tony.

—Yo no lo creo así.

—Si fuera cierto lo que piensas, otros críticos deportivos lo señalarían en sus comentarios. Sin embargo, lo que hacen es elogiar a Bruce Kelly por su magnífica reacción.

—No hubo tal reacción, jefe, créame. Bruce Kelly se recuperó porque Mike Sullivan perdió las fuerzas. En esas condiciones, hasta yo hubiera derrotado al californiano. Y si los críticos deportivos de Nueva York silencian este hecho tan evidente, es porque tienen miedo.

—¿Miedo…?

—Sí.

—¿De qué?

—Tampoco lo sé.

—¿Qué diablos te hace sospechar que…?

Tony Grant refirió al director del «New York Herald» su conversación con Bob Nolan y Stan Perkins, y lo que ambos le habían aconsejado para que se evitara problemas.

James Cooper se mantuvo callado un par de minutos, reflexionando sobre lo que acababa de contarle el periodista. Después, preguntó:

—¿Qué piensas hacer, Tony?

—Intentaré averiguar lo que realmente sucedió anoche en el Madison Square Garden. Y si lo consigo, lo contaré en nuestro periódico. La gente tiene derecho a saber la verdad.

—¿No será peligroso, Tony?

—Quizá, pero eso no me detendrá.

—Mi consejo es que lo olvides.

—Gracias, pero no puedo seguir su consejo, jefe. Además, si es cierto que hablar mal de los boxeadores de Larry Hartman trae problemas, los tendré igualmente. Mi comentario sobre el combate de anoche ya está en la calle, nuestros lectores ya lo estarán leyendo. Y es de suponer que Larry Hartman también lo leerá.

James Cooper no respondió.

Tony Grant se despidió con el gesto y salió del despacho.

Instantes después, abandonaba la redacción del «New York Herald».

Su «Ford» estaba estacionado en la calle, junto a la acera.

El periodista fue hacia él.

Justo cuando se disponía a abrir la portezuela, tres individuos le rodearon.

Uno de ellos le mostró una pistola automática, provista de silenciador, y ordenó:

—Entra en el coche, Grant. Y sin oponer resistencia, o te hago un relleno de plomo aquí mismo.

CAPÍTULO IV

Tony Grant se introdujo en el «Ford», ocupando el asiento trasero, porque así se lo indicaron los tipos.

—Si esto es un atraco, pierden el tiempo, amigos —advirtió el periodista—. Estamos a finales de mes y solo me quedan unos dólares.

El sujeto que esgrimía la automática se sentó a su izquierda y le clavó el cañón del arma en el costado.

—No es un atraco, idiota —masculló.

El joven se encogió, componiendo un gesto de dolor.

—Cuidado, compañero, que los trasplantes de riñón cuestan un ojo de la cara.

El fulano no hizo caso y continuó presionando el costado del periodista con su pistola. Otro de los individuos se sentó a la derecha de Tony Grant, mientras el tercero lo hacía frente al volante.

Segundos después, el «Ford» se ponía en movimiento.

Tony vio que el sujeto que tenía a su derecha llevaba algo en las manos.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Una bolsa de perdigones —respondió el tipo.

—¿Le gusta matar pajaritos?

—No son para matar pajaritos, sino para hacer entrar en razón a periodistas tercos.

—No entiendo lo que quiere decir, amigo.

—Te haré una demostración —sonrió el individuo, y descargó la bolsa de perdigones sobre el muslo derecho del joven.

Tony emitió un aullido, al tiempo que se doblaba hacia adelante, agarrándose el muslo lastimado.

El matón descargó de nuevo la bolsa de perdigones, esta vez sobre la nuca del periodista.

Tony aulló nuevamente y se desplomó sobre el piso del coche.

El tipo de la pistola no se conformó con ser un mero espectador,

y golpeó con el arma al periodista, en el hombro izquierdo.

El joven volvió a quejarse, medio aturdido por el golpe que recibiera en la nuca.

—¿Podemos hablar en serio, Grant? —preguntó el fulano de la pistola.

—¿Qué es lo que quieren de mí? —rezongó Tony, tratando de incorporarse.

No pudo hacerlo, porque el sujeto de la automática le pisó el cuello, aplastándole la cara contra el piso del vehículo.

El otro matón colocó sus zapatones sobre el trasero del periodista, inmovilizándolo todavía más.

Tony Grant, además de dolorido, se encontraba muy incómodo.

—¡Me están partiendo el cuello! —protestó.

—Si no te mueves, lo conservarás entero —dijo el de la pistola.

—¡Más quieto no puedo estar!

El matón aflojó la presión que su zapato ejercía sobre el cuello del periodista, pero no retiró el pie.

—Hemos leído tu comentario sobre la pelea que sostuvieron anoche Mike Sullivan y Bruce Kelly, en el Madison Square Garden, y no nos ha gustado.

—¿Por qué? —preguntó Tony.

—El ganador fue Kelly, pero según tú debió vencer Sullivan.

—Y hubiera vencido, de hallarse en condiciones normales.

—¿De veras? —sonrió el matón, presionando de nuevo con su zapato.

El otro individuo le atizó al periodista en la pantorrilla derecha, con su bolsa de perdigones.

Tony dio un grito.

—¿Quién debió vencer, Grant…? —preguntó el de la pistola.

—¿Sullivan o Kelly? —preguntó a continuación el de la bolsa de perdigones, y la descargó de nuevo, ahora sobre la pantorrilla izquierda del periodista.

A Tony se le escapó otro chillido, mientras se decía que le convenía rectificar, porque aquellos tipos eran capaces de convertirlo en una piltrafa si seguía llevándoles la contraria.

—Creo que me equivoqué, muchachos. Bruce Kelly ganó merecidamente.

—Tendrás que reconocerlo así en las páginas deportivas del

«New York Herald» —indicó el fulano de la pistola.

—No sé si el director me autorizará a rectificar mi comentario de hoy…

—Procura convencerle, porque de lo contrario lo pasarás mucho peor de lo que lo estás pasando hoy, te lo podemos garantizar…

—Está bien, lo intentaré —rezongó Tony.

—Y, en lo sucesivo, no vuelvas a poner en duda las victorias de los boxeadores de Larry Hartman. ¿Entendido?

—Sí.

—Las cosas te irán bien si sigues nuestro consejo, Grant —aseguró el fulano de los perdigones—. Todos los críticos deportivos de la ciudad lo hacen así y no tienen la menor queja.

—¿A todos les habéis pisado el cuello y zurrado con una bolsa de perdigones? —preguntó Tony.

Los matones rieron.

—Conocemos muchas maneras de convencer a la gente —dijo el de la pistola, jugueteando con el arma.

—Sí, estoy seguro de ello —gruñó Tony.

—Larry Hartman es un tipo agradecido. Si hablas bien de sus boxeadores, recibirás de vez en cuando un sobre con dinero.

—Eso me parece muy interesante.

—¿Verdad que sí?

Los matones rieron de nuevo.

Después, el tipo de la pistola ordenó al sujeto que conducía que detuviese el coche, y el individuo cuya voz todavía no conocía Tony, pues aún no había pronunciado palabra, paró el vehículo.

—Cuando nosotros salgamos del coche, sigue echado ahí cinco minutos más, Grant. Si levantas la cabeza antes de hora, te la vuelo.

—Entendidos —rezongó el periodista.

Los tipos salieron del «Ford» y se alejaron con rapidez.

Tony Grant dejó transcurrir algunos minutos y luego se incorporó, apoyándose en el asiento trasero y en el respaldo del delantero.

Los matones se habían esfumado.

El periodista se sentó un momento en el asiento trasero y empezó a tocarse todo lo que le dolía, que no era poco. El dolor más agudo lo sentía en el cuello.

Tony se lo masajeó, para aliviar el dolor, y luego hizo lo propio

con el hombro, el muslo y las pantorrillas. Después, pasó al asiento delantero, sin salir del coche, y puso el vehículo en marcha.

* * *

Media hora más tarde, Tony Grant se personaba en la clínica donde se hallaba internado Alex Fosley, el comentarista deportivo del «New York Herald».

Mientras entraba, el periodista se dijo que por poco no habían tenido que ingresarle a él también. Afortunadamente, su esqueleto continuaba entero, aunque los dolores persistían.

Tony se fijó en la recepcionista.

La chica era una monada.

Tony se acercó a ella y preguntó:

—¿Qué tal andas de caderas, encanto?

La muchacha sonrió, se hizo atrás, y puso los brazos en jarras.

—¿A usted qué le parece?

Tony le dio un repaso a todo con la mirada y respondió:

—Puedes reírte de las ánforas griegas, palabra.

La recepcionista se pegó de nuevo al pequeño mostrador y dijo:

—Ahora que ya sabe cómo ando de caderas, ¿qué más quiere averiguar?

Tony emitió un ligero carraspeo.

—Me temo que ha habido un malentendido, preciosa. Cuando te hablé de caderas, me refería a las de los pacientes que las tienen rotas.

—¿Cómo? —parpadeó la chica.

—Verás, un compañero mío se la rompió ayer, y lo internaron en esta clínica. Se llama Alex Fosley. ¿Puedes decirme cuál es su habitación?

—Un momento.

La recepcionista buscó en el libro de ingresos.

—Sí, aquí está. Alex Fosley ocupa la habitación 110, en la sexta planta.

—Un millón de gracias, nena.

—Muchas gracias son esas, ¿no? —sonrió la recepcionista, maliciosa.

—Las que la madre Naturaleza te ha dado a ti.

—La verdad es que no puedo quejarme.

—Si te quejaras, no tendrías perdón de Dios.

—Es lo que me digo yo cada vez que me miro desnuda al espejo.

—Quién fuera espejo.

La chica rio.

—¿Sabe que es usted muy simpático?

—Tú también.

—Me llamo Susan. ¿Y usted…?

—Tony.

—¿Ha sufrido algún accidente, Tony?

—¿Por qué lo dices?

—Tiene el cuello de la chaqueta sucio. Y el de la camisa, también.

—No me extraña —rezongó el periodista—. Unos tipos me pisotearon.

La chica respingó.

—¿Qué le pisotearon, dice…?

—Sí.

—¿Por qué?

—Sería muy largo de explicar.

—Yo no tengo ningún compromiso esta noche. Y me encantaría escuchar sus explicaciones, Tony.

El periodista sonrió, la tomó por la barbilla, y le dio un beso en los labios.

—Me temo que esta noche no podrá ser, Susan. Pero quedan muchas otras noches, y tú y yo pasaremos juntos algunas de ellas, te lo prometo —dijo, y echó a andar hacia el ascensor.

CAPÍTULO V

Tony Grant entró en la habitación 110.

—Buenos días, Alex.

—¡Tony, muchacho! —exclamó el crítico deportivo del «New York Herald», alegrándose de la visita del joven.

Alex Fosley contaba cuarenta y dos años de edad, era de estatura media y complexión delgada. Tenía un rostro simpático.

Tony se acercó a la cama del paciente, sobre la que se veían varios periódicos y un par de revistas deportivas.

—¿Cómo te encuentras, Alex?

—Bueno, creo que lo peor ya pasó.

—¿Qué te ocurrió?

—Pisé la pastilla de jabón al salir de la bañera y me di un batacazo de campeonato. Me rompí la cadera, pero pude haberme roto más cosas.

—Cuánto lo siento.

—¿Qué no me rompiera más cosas...? —bromeó Fosley.

—¡No! —exclamó Tony, riendo.

El crítico deportivo rio también.

—Siéntate, Tony, y charlaremos.

El joven ocupó una silla.

—El jefe me ordenó sustituirte, Alex. Me envió urgentemente al Madison Square Garden para que presenciara el combate entre Mike Sullivan y Bruce Kelly.

—Lo sé.

—Has leído mi comentario sobre la pelea, ¿eh?

—Sí.

—¿Y qué te ha parecido?

—Tu opinión sobre el desenlace del combate es diferente a todas las demás, Tony.

—Eso me dijo el jefe.

—Eres el único que no elogia a Bruce Kelly. ¿Por qué, si el neoyorquino ganó?

—Ganó, pero no en buena lid.

—¿Qué quieres decir?

—Bruce Kelly es un boxeador vulgar. Mike Sullivan es cien veces mejor. De ahí que alguien tuviera que echarle una mano a Kelly para que pudiera vencer a Sullivan.

—¿A qué te refieres?

—Drogaron a Sullivan. Cuando dio comienzo el tercer asalto, el californiano ya no se hallaba en condiciones de reanudar la pelea. Por eso, a partir de ahí, fue pan comido para Kelly.

Alex Fosley se puso nervioso.

—Tony, eso que dices no puede ser verdad.

—Lo es, Alex. Y tú lo sabes mejor que yo.

—¿Yo...?

—Es inútil que trates de disimular, Alex. Tú sabes que algo sucio se esconde en todas o en la mayoría de las peleas que disputan los boxeadores de Larry Hartman. También lo saben Bob Nolan y Stan Perkins. Y muchos otros críticos deportivos de Nueva York. Sin embargo, lo silenciáis para evitaros problemas con la gente de Larry Hartman. Como yo conté lo que vi sobre el *ring*, los he tenido ya.

—¿Qué...?

Tony le refirió su encuentro con el trío de matones.

Alex, visiblemente impresionado, preguntó:

—¿Harás lo que te ordenaron, Tony?

—Por supuesto que no. Si les dije a los tipos que sí fue para que no me golpeasen más. No estaba en condiciones de defenderme, y me hubieran convertido en un despojo. Son unos salvajes.

—No lo sabes tú bien, Tony. Esos tipos serían capaces de trocear a sus propias madres, si Larry Hartman se lo pidiera. El que empuñaba la pistola automática, es Jim «Cara de Ladrillo». Le llaman así porque tiene la cara aplastada.

—Sí, es verdad —sonrió ligeramente Grant.

—El otro que te sacudía, es Joe «Perdigones». Y no hace falta que te diga por qué le llaman así, ¿verdad?

—No, no es necesario.

—Siempre tiene a mano su bolsa de perdigones, y le encanta zurrar con ella. El tercer individuo, el que iba al volante, es Eddy «El Mudo».

—¿Y está mudo de verdad...? —preguntó Tony.

—Sí.

—¡Con razón no dijo ni pío!

—Son tres elementos de mucho cuidado, Tony. Si no les obedeces, pueden incluso matarte.

—Lo sé. Sin embargo, seguiré adelante. Me he propuesto desenmascarar a Larry Hartman y toda su gentuza.

—No lo conseguirás. Larry Hartman es demasiado poderoso. Aunque logres averiguar de qué medios se vale para asegurarse las victorias de sus boxeadores, no podrás demostrarlo. Y, sin pruebas, no puedes acudir a la policía.

—Algo encontraré, ya verás.

—Tony, muchacho…

—¿Cómo te convencieron a ti, Alex?

—Me dieron una serie de golpes, como a ti, y me ofrecieron dinero. Pero yo no hice caso, y volví a hablar mal de los boxeadores de Larry Hartman. Al día siguiente, sus matones volvieron a atraparme, me llevaron a un viejo almacén, me ataron las manos a la espalda, y me tendieron en el suelo. Entonces, me metieron un embudo en la boca y empezaron a llenarme el estómago de agua. Fue horrible, Tony… Tenía la sensación de que iba a reventar, pero los tipos no retiraban el embudo de mi boca. Creí que había llegado mi hora, te lo juro. Afortunadamente, los matones solo querían torturarme, y no dejaron que muriera. Me advirtieron, no obstante, que la próxima vez acabarían conmigo. Pero yo no he vuelto a darle motivos. Desde ese día, hablo bien de los boxeadores de Larry Hartman y no pongo en tela de juicio sus victorias. De cuando en cuando, recibo un sobre con un par de cientos de dólares. Con gusto rechazaría ese dinero, pero no me atrevo.

Tony Grant, hondamente impresionado, no hizo ningún comentario.

Alex Fosley lo miró fijamente.

—¿Comprendes ahora por qué quiero que olvides el asunto, Tony?

—Sí, Alex.

—¿Me harás caso?

—Me temo que no, Alex.

—¡Maldito cabezota!

El joven se puso en pie.

—Me gustaría hablar con Mike Sullivan. ¿Crees que se hallará todavía en la ciudad?

—Sí, es probable —gruñó Fosley.

—¿Dónde se aloja?

—En el Hotel Continental.

—Me pasaré por allí. Hasta la vista, Alex.

—Adiós, Tony.

El joven salió de la habitación.

* * *

Un rato después, Tony Grant pulsaba el timbre de la habitación del boxeador californiano.

Le abrió un sujeto bajo de estatura, pero muy ancho de hombros. Aparentaba unos cuarenta años, tenía la nariz chata y un cuello poderoso. Su cabeza, totalmente desprovista de pelo, semejaba un balón de rugby.

Tony reconoció al tipo, que vestía pantalón blanco y una camiseta amarilla. Era el mánager de Mike Sullivan, y la noche pasada había estado atendiendo y aconsejando a su boxeador, acompañado de un individuo muy grandote, con pinta de boxeador retirado.

—¿Qué quiere usted? —gruñó el mánager, con cara de pocos amigos.

Tony emitió un ligero carraspeo.

—Me gustaría hablar con Mike Sullivan. ¿Es posible...?

—Me temo que no.

—¿Por qué?

—¿Está descansando?

—¿No se encuentra bien?

—No tengo por qué darle explicaciones, amigo.

—Verá, soy periodista y...

Los ojos del mánager brillaron agudamente.

—Conque periodista, ¿eh?

—Sí.

—Eso cambia las cosas, hombre.

—¿De veras?

—¡Claro! Si hubiera empezado por ahí... Puede pasar, amigo —

autorizó el calvo, con extraña sonrisa.

—Gracias, muy amable —repuso Tony, y entró en la habitación.

El mánager de Mike Sullivan cerró rápidamente la puerta y se quedó junto a ella.

Tony se fijó en el tipo que estaba sentado en uno de los sillones.

Era el gigante que tenía aspecto de boxeador retirado.

Casi dos metros de estatura.

Alrededor de ciento veinte kilos de peso.

Un verdadero Hércules.

Por sus rasgos faciales, parecía mexicano.

El mánager de Sullivan sonrió irónicamente y dijo:

—Este caballero es periodista, César.

El mastodonte llamado César se puso en pie lentamente y mostró sus dientes, grandes como teclas de acordeón.

—Dentro de unos minutos no será más que un montón de huesos quebrados, Max —masculló, y avanzó hacia el periodista con sus enormes puños rabiosamente apretados.

CAPÍTULO VI

César Ramírez, el boxeador retirado que servía de contrincante a Mike Sullivan en sus entrenamientos, vestía exactamente igual que Max Tunney, el mánager del púgil californiano. Es decir, pantalón blanco y camiseta amarilla, lo que le permitía exhibir unos brazos que, si de codos para abajo parecían piernas, de codos para arriba parecían muslos.

Eran, además, largos como tentáculos de pulpo.

Tony Grant, desde luego, no había visto jamás unos brazos tan poderosos como aquellos.

Y en mal momento los veía, porque las intenciones del gigante mexicano no podían estar más claras.

Tony dio un paso hacia atrás y exclamó:

—¡Eh, César, que ser periodista no es ningún delito!

—¡Voy a romperte el esqueleto en mil pedazos, maldito! —rugió el púgil retirado.

Tony se dijo que, dadas las circunstancias, lo mejor era largarse, así que dio media vuelta, con intención de dispararse hacia la puerta, pero esta seguía custodiada por Max Tunney.

Por la expresión del mánager, dura y amenazante, el periodista adivinó que no pensaba dejarle salir de la habitación. Para que no le quedase ninguna duda, el calvo mascculló:

—Acércate a mí y te saco las tripas por la boca de un cabezazo.

Tony se dijo que el tipo era muy capaz de conseguirlo, con aquella testa tan pelada y tan afilada, y desistió de alcanzar la puerta, por el momento.

Pero no podía quedarse donde estaba, o el mexicano lo machacaría.

Tony corrió hacia un lado de la habitación.

Allí había un largo sofá.

El periodista se colocó tras él y murmuró:

—Espero que me sirva de trinchera.

Max Tunney sonrió y dijo:

—Ve a por él, César. Yo cubro la puerta.

—Bien —gruñó el mexicano, y fue hacia el sofá.

—¿Por qué no tratamos el asunto con calma, amigos? —propuso Tony, sonriendo nerviosamente.

No obtuvo respuesta.

Max Tunney continuaba con la sonrisa en los labios.

César Ramírez seguía avanzando hacia el sofá, como un gigantesco simio.

—Madre mía… —exclamó quedamente Tony, viendo lo que se le venía encima—. Y ni siquiera llevo casco.

El mexicano alcanzó el sofá, pero cuando lo rodeó por un lado, para atrapar al periodista, este se le escabulló por el lado opuesto.

Fue el inicio de la persecución.

Una persecución bastante cómica, pues Tony y el mexicano daban vueltas y más vueltas al sofá.

El boxeador retirado era mucho más fuerte, pero el periodista era más joven y más ágil, y no se dejaba cazar.

El mexicano se detuvo, resollando como un búfalo.

—¡Condenado periodista!

—¿Por qué no apartas el sofá, César? —sugirió el mánager de Mike Sullivan—. Si lo retiras, el tipo ya no tendrá dónde esconderse.

—¡Tienes razón, Max! —exclamó el gigante, y levantó el pesado sofá como si levantara una simple silla.

Menos mal que no le dio por arrojárselo al periodista.

Lo tiró lejos y bramó:

—¡Estás perdido, maldito!

Tony le dio la razón mentalmente, pues ya nada se interponía entre ellos dos. Haciendo acopio de valor, el joven levantó la mano derecha, como solían hacer los gladiadores romanos antes de batirse en la arena del circo, y dijo:

—¡Salve, César! ¡Los que van a morir te saludan!

El mexicano parpadeó, desconcertado.

—¿Qué dice este idiota, Max…?

El mánager apretó los dientes.

—¡Se está pitorreando de ti, César!

—Con que sí, ¿eh?

—¡Oh, no, se equivocan! —habló Tony—. ¡No ha sido más que

una broma! ¿Es que no tienen ustedes sentido del humor...?

—¡Lo que nosotros tenemos son ganas de pulverizar a todos los periodistas neoyorquinos que caigan en nuestras manos! —relinchó el mexicano, y soltó el puño derecho.

A Tony se le antojó la bomba de cobalto, y apartó la cara con rapidez para no quedarse sin ella.

El poderoso puño del boxeador retirado se estrelló contra la pared, causando un serio desperfecto. Como se hizo daño en la muñeca, el mexicano lanzó un aullido y se la cogió con la otra mano.

—Eso te pasa por ser tan bestia, César —dijo Tony.

El gigantón le desintegró con la mirada.

Después, quiso desintegrarlo con el puño izquierdo.

Al ver que lo echaba hacia atrás, para tomar impulso, Tony disparó la pierna y le alcanzó en la espinilla zurda.

El mexicano dio un chillido y se puso a saltar a la pata coja.

Tony se dijo que era el momento de derribarle, y le dio un tremendo empujón.

El púgil retirado, en efecto, perdió el equilibrio y cayó al suelo.

Tony trotó hacia la puerta.

Si había podido librarse del gigantón, también podría librarse del calvo.

El mánager se dispuso a atacarle con la cabeza.

—¡Te lo advertí, periodista! —rugió, y le embistió como un toro furioso.

Tony, que había visto torear una vez a Paco Camino, el gran torero español, precisamente en México, pensó que había llegado el momento de imitarle y le dio un pase de pecho al calvo.

¡Y sin muleta, que aún tiene más mérito!

La cosa le salió bien, y la amelonada testa de Max Tunney no encontró el estómago del periodista.

Fallar trajo terribles consecuencias para el mánager de Sullivan, pues no pudo frenar su impulso y acabó estrellándose contra la pared de enfrente, que no derribó de milagro, pues su cabeza impactó contra ella con la fuerza de un torpedo.

Max Tunney se derrumbó y quedó inmóvil en el suelo, conmocionado.

Como César Ramírez ya se estaba poniendo en pie, Tony Grant

corrió hacia la puerta.

Justo en el instante en que la alcanzaba, se abrió otra puerta, la del dormitorio de Mike Sullivan, y este apareció, envuelto en una bata y con los pies descalzos.

—¿Qué diablos pasa aquí? —barbotó el boxeador californiano—. ¿Es que no voy a poder descansar tranquilo?

—Lo siento, Sullivan, pero no ha sido culpa mía, sino de sus cuidadores, que me atacaron sin más ni más —explicó Tony.

El púgil lo miró.

—¿Quién es usted?

—Me llamo Tony Grant, y soy periodista.

—Entonces, no me extraña que le atacaran.

—Me gustaría que me explicara eso, Sullivan, pero no podré quedarme si no frena usted al gigante. Está empeñado en partirme el esqueleto.

—¡Y lo voy a hacer! —ladró el mexicano, yendo hacia Tony.

—¡Quieto, César! —ordenó Sullivan.

—¡El tipo es un maldito periodista, Mike!

—¡No importa!

—¡Max está inconsciente por su culpa!

—¡Pues atiéndelo!

El mexicano rezongó algo, pero hizo caso al boxeador y fue a ocuparse de Max Tunney.

Tony Grant se tranquilizó al ver que Mike Sullivan sabía imponer su autoridad.

—Creo que ya podemos hablar con calma, Sullivan —dijo, con una sonrisa.

Lo haremos en mi dormitorio. Entre, Grant.

—Gracias.

Tony penetró en el dormitorio del boxeador, y este cerró la puerta.

Mike Sullivan, en cuyo rostro se apreciaban las señales dejadas por los guantes de Bruce Kelly en los asaltos tercero y cuarto, explicó:

—Estamos dolidos porque los críticos deportivos de Nueva York elogian en sus comentarios de hoy a Bruce Kelly, como si este fuera un boxeador sensacional, cuando en realidad no vale ni medio dólar como púgil. Si yo no hubiera sufrido aquel mareo, cuando dio

comienzo el tercer asalto, Bruce Kelly no hubiese llegado al cuarto, se lo puedo asegurar. Yo tenía el combate ganado. Aún no logro explicarme lo que me sucedió. Perdí las fuerzas, me temblaban las rodillas, se me nubló la vista…

—Yo me di cuenta de que algo anormal le sucedía, Sullivan, y así lo conté en mi comentario del «New York Herald».

El boxeador respingó.

—¿«New York Herald»?

—Sí.

—¡Es el único periódico que ha sido justo conmigo!

—Lo sé. El comentario va firmado por mí.

—¡Tony Grant, es cierto! ¿Cómo he podido olvidarlo…? Le estoy muy agradecido, Grant.

—Era mi obligación contar lo que vi.

—Y la de los demás críticos, pero ellos no lo hicieron.

—Por miedo a los matones de Larry Hartman.

—Explíqueme eso, Grant.

Tony le contó todo lo que sabía.

—Ahora lo entiendo —masculló el púgil californiano, apretando los puños con rabia.

—Sospecho que usted fue drogado, Sullivan —dijo el periodista.

—¿Drogado…?

—Sí, entre los asaltos segundo y tercero.

—¿Cómo…? ¿Por quién?

—Cómo, no lo sé, pero por quién, sí. Max, su mánager, o César, el gigante mexicano. Eran las únicas personas que estaban con usted, Sullivan.

CAPÍTULO VII

Mike Sullivan pareció recibir un mazazo en la cabeza.

—Lo que dice no es posible, Grant —murmuró.

—¿Por qué?

—Max Tunney se hizo cargo de mí cuando yo era todavía un mozalbete. Todo lo que sé de boxeo se lo debo a él. Es como un padre para mí. Me cuida, me atiende, me aconseja... Cuando pierdo un combate, él sufre mucho más que yo. Es como si los golpes los recibiera él. No puedo, por tanto, creer que me hiciera algo tan sucio como drogarme para que Bruce Kelly me venciera.

—¿Y qué me dice del gigante mexicano...?

—César Ramírez se retiró del boxeo hace tres años. Desde entonces, está conmigo. Era un buen púgil, y me entreno con él. Es un gran tipo. Yo le aprecio mucho y sé que él también me aprecia a mí. Tampoco puedo creer que César me drogara. No haría una cosa así ni por un millón de dólares.

Tony Grant movió la cabeza.

—No creo que fuera por dinero, Sullivan, sino por miedo a los matones de Larry Hartman.

—Max y César no son de los que se asustan fácilmente, Grant.

—¿Por qué no los interrogamos?

—De acuerdo.

Mike Sullivan y Tony Grant salieron del dormitorio.

Max Tunney ya se había recobrado del testarazo que se diera contra la pared, y estaba sentado en el sofá. Se cogía la pelada cabeza, con gesto de dolor.

César Ramírez se hallaba junto al mánager.

Los dos miraron agriamente a Tony Grant.

Este, en cambio, les sonrió y preguntó:

—¿Cómo va eso, muchachos?

—¡Vete al infierno, periodista! —ladró el calvo.

—Hace demasiado calor allí.

—¡Es el mejor lugar para ti, maldito! —rugió el mexicano.

—Prefiero seguir aquí, si no les importa.

Mike Sullivan intervino:

—No debisteis atacar a Grant, muchachos.

—¡Es un cochino periodista! —replicó el mánager.

—¡Un maldito embustero! —añadió el boxeador retirado.

Sullivan sonrió.

—Estáis equivocados. Tony Grant es un buen periodista. El único que dijo la verdad en su comentario sobre mi pelea de anoche. La crítica del «New York Herald» es suya.

Max Tunney y César Ramírez se quedaron con la boca abierta.

—El «New York Herald»... —repitió quedamente el calvo.

—Metimos la pata, Max... —murmuró el gigante mexicano.

—Hasta la ingle —dijo Tony, sonriendo.

—¿No creéis que deberíais disculparos, muchachos? —sugirió Mike Sullivan.

El mánager y el púgil retirado se pusieron en pie y pidieron disculpas al periodista.

—Lamentamos haberle recibido tan mal, Grant —dijo el primero.

—Fuimos unos estúpidos —agregó el segundo.

Tony les estrechó la mano a los dos.

—No tiene importancia, amigos. Comprendo que tenían ustedes motivos para recibir así a un periodista.

Mike Sullivan se puso serio y dijo:

—Tony Grant asegura que fui drogado entre los asaltos segundo y tercero, y que por eso perdí las fuerzas... y la pelea. Sospecha, también, que fui drogado por uno de vosotros dos, pues no había nadie más cerca de mí.

Max Tunney y César Ramírez palidecieron visiblemente, al tiempo que un perceptible nerviosismo se apoderaba de ellos.

Mike Sullivan los miró fijamente a los dos.

—¿No tenéis nada que decir?

El mánager y el gigante mexicano no se atrevían a hablar.

Tony Grant intervino:

—No fue por dinero, ¿verdad? Fuisteis amenazados por los matones de Larry Hartman.

Max Tunney bajó la cabeza y confesó:

—Fui yo, Mike. César está al corriente de todo, porque yo se lo

conté, pero él no intervino. Solo puedes reprocharle que lo consintiera. Pero, si lo consintió, fue porque comprendió que era lo mejor para todos. Especialmente para ti, Mike.

El boxeador californiano apretó las mandíbulas.

—Explícate, Max.

—Ayer por la mañana, cuando salí a la calle en busca de algunos periódicos para enterarnos de lo que se comentaba sobre tu pelea con Bruce Kelly y conocer los pronósticos de los críticos deportivos, tres individuos me rodearon repentinamente y me obligaron a entrar en un «Chervrolet» negro. Uno de los tipos esgrimía una pistola automática, provista de silenciador.

—Jim «Cara de Ladrillo» —informó Tony.

—Continúa, Max —rogó Sullivan.

—El fulano de la pístela me propinó un par de golpes con ella y me hizo caer sobre el piso del coche. Entonces, me pisó salvajemente el cuello. El otro matón que viajaba en el asiento trasero empezó a golpearme con una bolsa de perdigones. Me atizó en las nalgas, en los muslos y en las pantorrillas. Me hizo mucho daño, el condenado.

—Este es Joe «Perdigones» —dijo Tony—. El tercer matón, el que conducía el «Chevrolet», es Eddy «El Mudo». Y es mudo de verdad.

—Sigue, Max —pidió Sullivan.

El mánager continuó su relato:

—Los tipos querían que Bruce Kelly ganara el combate como fuera. Me ordenaron que, si en los dos primeros asaltos no lograba imponerse de forma clara, echase en la botella del agua la píldora que ellos me proporcionaron. Me aseguraron que se trataba de una droga absolutamente inofensiva, pero de efectos instantáneos. Te dejaría sin fuerzas durante dos o tres horas y luego recobrarías tu vigor normal. A cambio de ello, me entregarían mil dólares.

—¿Y tú qué les respondiste, Max?

—¡Que no, naturalmente! Entonces, los tipos me golpearon de nuevo y me hicieron saber que, si no hacía lo que me ordenaban, nos matarían a los tres. Y, para convencerme de que no amenazaban en broma, me revelaron que fueron ellos los que asesinaron a Kid Foster y su mánager, por negarse a obedecerles.

—Kid Foster, el púgil de Colorado… —murmuró Sullivan.

—Sí, Mike —asintió Tunney—. ¿Comprendes ahora por qué cedí a sus pretensiones? No quise arriesgar nuestras vidas. Lo consulté con César, y él estuvo de acuerdo. Al fin y al cabo, en la pelea de anoche no había título alguno en juego. Era un combate más, y tu carrera pugilística no iba a truncarse por una derrota ante Bruce Kelly. Hasta los mejores boxeadores tienen una mala noche.

Mike Sullivan no respondió.

Le dolía haber perdido ante un púgil tan mediocre como Bruce Kelly, pero comprendía que Max Tunney actuó sensatamente. Sus vidas eran más importantes que ganar a Bruce Kelly.

De pronto, Tony Grant dijo:

—Tengo una idea para atrapar a Larry Hartman y sus matones, Sullivan.

El boxeador lo miró.

—¿De veras?

—Un combate de revancha.

Max Tunney sacudió la cabeza.

—Nos amenazarán de nuevo, y Mike sufrirá otra derrota.

—No, esta vez no perderá, porque no ingerirá droga alguna, aunque ustedes les harán creer que sí, Max.

—Si Mike gana a Kelly, nos matarán —terció César Ramírez, preocupado.

Tony sonrió.

—Tranquilo, César. No podrán hacernos nada, porque yo tendré ya las pruebas que necesito para denunciarlos a la policía, y los meterán entre rejas a todos.

Sullivan le tendió la mano.

—De acuerdo, Grant. Pelearé de nuevo con Bruce Kelly.

—Yo me encargo de proponerle a Larry Hartman el combate de revancha, Sullivan —respondió el periodista, estrechando la diestra del boxeador californiano.

CAPÍTULO VIII

El gimnasio de Larry Hartman era un local muy amplio.

El *ring* se hallaba en el mismo centro.

Sobre él, dos boxeadores con cascos protectores para evitar los golpes en la cabeza intercambiaban puñetazos, sin dejar de bailotear.

Un tercer púgil se entrenaba con el saco de arena, a la derecha del cuadrilátero, golpeándolo y esquivándolo como si se tratara de un rival de carne y hueso.

Otro boxeador se ejercitaba frente a un espejo de cuerpo entero, estudiando todos sus movimientos. Se hallaba a la izquierda del *ring*, y tenía a su lado a un compañero que saltaba a la comba con la ligereza que suelen tener los púgiles.

El sexteto de boxeadores que formaban el equipo de Larry Hartman lo completaba Bruce Kelly, quien se encontraba al fondo del local, echado de bruces sobre la mesa de masajes.

Arthur Cox, mánager de los seis púgiles de Larry Hartman, se estaba ocupando de Bruce Kelly, al que sometía a un largo y concienzudo masaje, impregnando el ambiente de fortísimo y penetrante olor a linimento.

Ello, unido al sudor de los cuerpos de los boxeadores que se estaban entrenando, motivaba que la atmósfera del local fuera densa, pegajosa, caliente, difícil de respirar para quien no estuviese habituado al particular ambiente de los gimnasios.

Era el caso de Tony Grant.

Al entrar en el local y recibir la bofetada de aquel aire tan cargado, se llevó la mano al rostro y rezongó:

—Qué peste, madre.

Poco a poco, sin embargo, se fue acostumbrando.

Su presencia en el gimnasio no fue advertida, por lo que el periodista pudo observar tranquilamente a todos y cada uno de los púgiles de Larry Hartman.

El primero en descubrirle fue Arthur Cox.

—¿Quién diablos será ese? —rezongó el mánager, dejando de masajear los desarrollados músculos de Bruce Kelly.

El boxeador movió la cabeza y miró hacia la entrada del gimnasio, descubriendo también a Tony Grant.

—No lo conozco —gruñó, el rostro claramente marcado por los guantes de Mike Sullivan.

—Iré a ver.

—No tardes, Arthur. Tengo ganas de acabar.

—Vuelvo enseguida, no te preocupes.

Arthur Cox fue hacia la puerta.

Su complexión física era similar a la de Max Tunney, mánager de Mike Sullivan. Bajo de estatura, tórax y hombros amplios, cuello de res, muy poco pelo sobre la cabeza… Aparentaba, también, unos cuarenta años de edad.

Tony lo vio venir y sonrió ligeramente.

—Buenos días —dijo, cuando el mánager estaba ya a solo unos pasos de él.

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere? —inquirió Cox, sin ninguna amabilidad.

—Soy periodista y me gustaría hablar con Larry Hartman.

—El señor Hartman está ocupado.

—Solo le molestaré unos minutos.

—Lo siento, pero no puede verle ahora. Está en su despacho, trabajando con los libros de contabilidad, y no quiere recibir a nadie.

—A mí sí querrá recibirme.

—¿Cómo lo sabe?

—Dígale mi nombre y verá.

—¿Cuál es?

—Tony Grant, del «New York Herald».

Arthur Cox dio un cómico respingo.

—¡Tony Grant, del «New York Herald»…!

—Sí, eso es lo que he dicho.

El mánager volvió un instante la cabeza.

—¡Eh, Bruce, mira a quién tenemos aquí! —gritó—. ¡Es Tony Grant en persona, el crítico deportivo que no vio clara tu victoria sobre Mike Sullivan, según el comentario del «New York Herald»!

Bruce Kelly endureció las facciones y abandonó la alargada mesa

de masajes. Cubierto solamente con la toalla, que llevaba anudada a su cintura, caminó hacia la puerta del gimnasio, tensos los músculos de su poderosa caja torácica.

Los otros cinco boxeadores interrumpieron su entrenamiento, para ver qué hacía Bruce Kelly con el periodista que había puesto en tela de juicio su triunfo sobre el boxeador californiano.

Tony se puso ligeramente nervioso pues, por la cara que traía el púgil neoyorquino, se diría que quería hacer migas con él.

—Yo no quería hablar con Bruce Kelly, sino con Larry Hartman —murmuró el joven.

—Kelly sí quiere hablar contigo, Grant. Tiene que decirte un par de cosas —anunció Arthur Cox, y se echó a reír.

—Con tal de que no me las diga con los puños... —musitó Tony, con ganas de largarse.

Sin embargo, no se movió de donde estaba.

No podía irse, tenía que poner en marcha su plan para desenmascarar a Larry Hartman y toda su gentuza.

Si Bruce Kelly no lo desgraciaba, claro.

Pues sí que llevaba un día...

Primero, su encuentro con Jim «Cara de Ladrillo», Joe «Perdigones» y Eddy «El Mudo». Después, su gresca con César Ramírez y Max Tunney. Y, ahora, Bruce Kelly.

¿Por qué no se negaría la noche pasada a ir al Madison Square Garden...?

Si se hubiese quedado en su apartamento, jugando a la hoguera y el bombero con Pamela Ericson, se habría divertido mucho más y ahora no se vería en dificultades.

En fin, la cosa ya no tenía remedio.

Bruce Kelly se detuvo junto a él y lo agarró de la camisa con su manaza.

—Así que tú eres Tony Grant, ¿eh?

—Para servirle —sonrió nerviosamente el periodista.

—Debes entender muy poco de boxeo, ¿verdad?

—Si he de ser sincero, nada.

—¿Lo admites...? —exclamó el púgil neoyorquino, desconcertado.

—Sí, no tengo por qué ocultarlo. Lo mío es entrevistar a las ganadoras de los concursos de belleza, a las modelos publicitarias, a

las de alta costura… Ahí sí que me defiendo bien, porque yo de mujeres entiendo mucho.

—¿Y por qué hiciste la crítica del combate de anoche entre Mike Sullivan y yo…?

—Alex Fosley, el comentarista deportivo del «New York Herald», sufrió un accidente y se rompió la cadera, y el director me ordenó sustituirle. Yo le advertí que no me saldría bien, pero él insistió y tuve que ir al Madison.

—No solo no te salió bien, sino que te salió muy mal —masculló Bruce Kelly.

—Lo sé.

—Menos mal que lo reconoces.

—El director fue el primero en echarme la bronca.

—¿A qué has venido, a disculparte?

—Desde luego. Sé que el señor Hartman está muy enfadado conmigo, y quiero presentarle mis disculpas. Quiero, también, darle una buena noticia.

—¿Qué noticia? —preguntó Arthur Cox.

—Mike Sullivan quiere la revancha.

Bruce Kelly y Arthur Cox se miraron, sorprendidos.

—¿En serio…? —exclamó el boxeador.

—Sí, acabo de hablar con él en el Hotel Continental. Está dispuesto a pelear de nuevo con usted, Kelly, en la fecha que fije el señor Hartman.

—Te acompañaré al despacho del señor Hartman, Grant —dijo el mánager.

—Gracias.

—Anda, vamos.

—Le veré luego, Kelly —dijo Tony, al tiempo que soltaba con disimulo la toalla que cubría la parte media del cuerpo del boxeador.

La toalla cayó al suelo y el púgil neoyorquino quedó completamente desnudo, provocando las risas de los otros cinco boxeadores.

Bruce Kelly dio un respingo, recogió velozmente la toalla, y se la colocó de nuevo, rezongando una imprecación.

Tony Grant, que había observado desnudo al púgil por el rabillo del ojo, murmuró:

—Se nota que has estado poco con mujeres, amigo. Es lo que menos desarrollado tienes…

Si Bruce Kelly llega a oírlo, lo despedaza.

* * *

Larry Hartman no estaba trabajando con los libros de contabilidad, sino charlando con Jim «Cara de Ladrillo», Joe «Perdigones» y Eddy «El Mudo».

Era un tipo alto y delgado, de pelo negro y rizado, ojos grises, de mirada fría y enigmática. Tenía treinta y ocho años de edad y vestía con elegancia.

Cuando Arthur Cox entró en el despacho acompañado de Tony Grant, los matones se quedaron perplejos. Larry Hartman no denotó sorpresa alguna, porque él no conocía al periodista, aunque sí advirtió la cara tan rara que ponían sus hombres.

—Tony Grant, del «New York Herald» —dijo el mánager—. Quiere hablar con usted, señor Hartman.

Las grisáceas pupilas del dueño del gimnasio tuvieron un fugaz destello.

—Puedes retirarte, Arthur —indicó.

El mánager salió del despacho.

Larry Hartman escrutó detenidamente al periodista.

—Con que tú eres Tony Grant, ¿eh?

—Sí, señor Hartman —respondió el joven, esbozando una sonrisa.

—Los muchachos acaban de relatarme la conversación que tuvieron contigo.

—Ellos hicieron algo más que hablar, señor Hartman —repuso Tony, llevándose la mano a la nuca.

—Tenían que convencerte, Grant —sonrió el dueño del gimnasio.

—Lo consiguieron, puede estar seguro.

Larry Hartman rio.

—Eres un tipo simpático, Grant. Lástima que entiendas tan poco de boxeo.

—Eso último es verdad, señor Hartman. Pero espero aprender pronto. Mi comentario sobre la próxima pelea que disputen Mike

Sullivan y Bruce Kelly, será mucho mejor.

El dueño del gimnasio entrecerró los ojos.

—¿Próxima pelea?

—El californiano quiere la revancha, señor Hartman.

—¿Cómo lo sabes?

—Hablé con él, hace tan solo unos minutos. Sullivan asegura que perdió el combate porque se sintió mal cuando empezó el tercer asalto, y espera desquitarse en el combate de revancha. No creo que lo consiga, pero...

Larry Hartman sonrió.

—Puedes estar seguro de que no lo conseguirá, Grant. Kelly le derrotará de nuevo.

—Acepta la revancha, ¿verdad, señor Hartman?

—¡Por supuesto! Mis boxeadores aceptan siempre cualquier reto.

—Se lo haré saber a Mike Sullivan.

—Sí, puedes decírselo.

—En cuanto a lo de rectificar mi comentario sobre la pelea de anoche, estimo que ya no es conveniente, señor Hartman —carraspeó Tony.

—¿Por qué?

—Bueno, teniendo en cuenta que va a haber combate de revancha, es mejor que los aficionados piensen que Sullivan tiene alguna posibilidad de vencer a Kelly. Lo de que el californiano se sintió mal al comenzar el tercer asalto hará que la pelea de revancha tenga más interés para el público, estoy seguro.

Larry Hartman sonrió de nuevo.

—¿Sabes que tienes razón, Grant?

—Me alegra que esté de acuerdo, señor Hartman.

—Sí, hay que darle ambiente al combate de revancha, y tu comentario sin duda ayudará a ello. Olvídate, pues, de rectificar tu crítica de la pelea de anoche.

—Muy bien, señor Hartman —sonrió Tony, muy satisfecho de haber conseguido engañar al dueño del gimnasio.

CAPÍTULO IX

Arthur Cox había acabado con Bruce Kelly, y ahora se ocupaba de Bill Jones y Ronnie Barrows, los dos púgiles que cambiaban golpes sobre el *ring* del gimnasio.

Había mucho que aconsejar y mucho que corregir, porque ambos boxeadores dejaban mucho que desear en cuanto a calidad y destreza.

En realidad, ninguno de los púgiles de Larry Hartman era un buen boxeador. Todos carecían de técnica y habilidad. Y la verdad es que tampoco se esforzaban demasiado por mejorar.

Sabían que sus victorias estaban aseguradas, gracias a los sucios procedimientos que empleaba Larry Hartman, y ello les hacía sentirse tranquilos.

No les importaba, tampoco, ganar los combates de una forma tan censurable y antideportiva. Larry Hartman les daba un tanto por ciento de las bolsas que conseguían, y esto era lo único que les importaba a ellos.

Arthur Cox, situado al pie del cuadrilátero, cumplía con su obligación como mánager, aunque sabía que era como predicar en el desierto, pues era el primero en reconocer que sus pupilos tenían bastante más de torpes que de inteligentes.

—Suelta la derecha, Bill —indicó, con gesto aburrido.

Bill Jones soltó la izquierda.

Era así de tarugo.

—El gancho de izquierda, Ronnie —siguió aconsejando el mánager.

Ronnie Barrows ensayó un directo de derecha.

Era tan zoquete como su compañero.

Arthur Cox se pasó la mano por la cara.

—¡Dije el gancho de izquierda, Ronnie! —gritó, visiblemente contrariado.

Ronnie Barrows obedeció, pero su gancho de izquierda fue tan deficiente, que alcanzó a su compañero diez centímetros más abajo

del ombligo.

Bill Jones emitió un aullido y se encogió, con las piernas apretadas.

Arthur Cox se llevó las manos a la cabeza.

—¿Pero qué has hecho, pedazo de animal…? —rugió.

—Lo siento, Arthur —se disculpó Ronnie—. No era mi intención pegarle tan abajo.

—¡Si das esa golpe en un combate oficial, te descalifican en el acto!

—Tendré más cuidado, Arthur.

El mánager hizo un esfuerzo por calmarse.

—¿Te encuentras bien, Bill? —preguntó, aunque adivinaba que el púgil estaría viendo todas las estrellas del firmamento, porque había recibido el golpe en el peor sitio.

Bill Jones se desencogió poco a poco, con la cara más verde que una lechuga.

—No, no me encuentro bien, Arthur —respondió roncamente—. ¡Pero peor se va a encontrar Ronnie! —ladró a continuación, y colocó su guante zurdo entre los muslos de su compañero.

Ronnie Barrows lanzó un alarido ensordecedor, al tiempo que se doblaba como un garrote.

Bill Jones se puso a aplaudir frenéticamente, pero cuidando de que la cabeza de su compañero quedara justo entre sus guantes.

El casco protector de Ronnie evitó que este quedase sordo para toda la vida, pues Bill no se cansaba de aplaudirle la cabeza, con vengativo gesto.

Arthur Cox tenía la boca abierta de par en par.

Y es que no podía creer lo que sus ojos estaban viendo.

Al fin consiguió reaccionar y gritó:

—¡Basta, Bill! ¡Lo vas a matar!

—¡A mí nadie me da golpes bajos, Arthur!

Ronnie Barrows, cansado de recibir guantazos en la cabeza, embistió furiosamente a su compañero y ambos cayeron sobre la lona, en donde iniciaron una especie de riña callejera, en la que valían toda clase de golpes, casi todos ellos prohibidos por el reglamento de boxeo.

—¡Quietos, estúpidos! —bramó Arthur Cox.

Bill y Ronnie no le hicieron caso y siguieron rodando sobre la

lona, rabiosamente enzarzados.

El mánager, dispuesto a cortar aquello como fuera, trepó Rápidamente al *ring*, atrapó una banqueta y la emprendió a banquetazos con aquel par de inútiles.

—¡Necios! ¡Majaderos! ¡Mequetrefes! —los insultó, mientras les zurraba con la banqueta.

Bill y Ronnie se separaron con prontitud y gatearon velozmente hacia las cuerdas, saltando fuera del *ring* por entre ellas.

Arthur Cox aún tuvo tiempo de atizarles un puntapié a cada uno de ellos en el trasero.

Tony Grant, que en aquellos momentos salía del despacho de Larry Hartman, no pudo contener la risa. Se aproximó al *ring* y dijo:

—¿Sabe que es usted un mánager muy original…?

Cox lo miró, furioso.

—¡Menos guasa, Grant!

—No, si lo digo en serio.

Bruce Kelly se acercó al periodista, envuelto todavía en la toalla.

—¿Qué ha dicho el señor Hartman, Grant?

—Aceptó la revancha —comunicó Tony.

—Me alegro.

—Mike Sullivan también se alegrará.

—Le venceré de nuevo.

—Seguro.

El boxeador entornó los ojos.

—Parece que lo dices en tono irónico.

—¡Oh, no! —exclamó Tony—. Estoy tan convencido como tú de que volverás a ganar al californiano.

—Tengo una idea, Grant.

—¿Qué idea?

—Vas a subir conmigo al *ring* e intercambiaremos unos cuantos golpes con los guantes.

El periodista respingó.

—Eso no es posible, Kelly.

—¿Por qué?

—Yo no sé boxear, me dejarías K.O. a las primeras de cambio.

—Tranquilo, no boxearé en serio —rio el púgil.

—Mejor que lo dejemos para otra ocasión, ¿eh? Tengo un poco deprisa y…

Kelly agarró el brazo del periodista, porque este ya se iba.

—No querrás que me enfade, ¿verdad, Grant? —dijo, con gesto amenazante.

—Por supuesto que no —respondió nerviosamente Tony.

—Entonces, sube conmigo al *ring* y hagamos unos minutos de guantes.

—¿A cuánto venderemos el par?

—¿Cómo? —parpadeó el boxeador.

—Hombre, si hacemos guantes, lo lógico es que los vendamos. ¿O prefieres que los regalemos…?

Kelly soltó un gruñido.

—Pretendes tomarme el pelo, ¿eh, Grant?

—No, ha sido solo una broma inocente. No te has enfadado, ¿verdad, Kelly?

—Claro que no —sonrió siniestramente el púgil—. Vamos, sube al *ring*. Verás cómo nos divertimos.

Tony no pudo negarse, porque Kelly seguía aferrándole del brazo y lo empujó literalmente hasta lo alto del cuadrilátero.

—Prepáralo, Arthur —indicó el boxeador.

—Enseguida —sonrió el mánager, porque adivinaba las intenciones de Bruce Kelly.

Bill Jones, Ronnie Barrows, y los otros tres boxeadores también sospechaban que Kelly quería propinarle una paliza al periodista, por el comentario que este había publicado en el «New York Herald», y se acercaron todos al *ring*, dispuestos a presenciar el espectáculo.

CAPÍTULO X

Arthur Cox despojó a Tony Grant de la chaqueta y la corbata, le abrió el cuello de la camisa, y luego le colocó un par de guantes.

—Demonios, no sabía que pesasen tanto —rezongó el periodista, levantando y bajando los puños—. Me siento más inútil con esto que un galgo con botas camperas.

El mánager rio.

—Es la falta de costumbre, muchacho.

Mientras Arthur Cox se ocupaba de preparar al periodista, el púgil que había estado saltando a la comba se encargó de ponerle los guantes a Bruce Kelly.

—No vayas a matarlo a golpes, ¿eh, Bruce? —dijo el púgil, en tono bajo, para que no le oyera Tony.

—Tranquilo, no es esa mi intención —sonrió Kelly—. Solo quiero divertirme un poco con él.

Arthur Cox dijo:

—Yo haré de árbitro. ¿De acuerdo, Grant?

—Por mí puede empezar ya a contarme los diez segundos.

El mánager soltó una carcajada.

—¡Kelly todavía no te ha tumbado!

—No importa, puedo dejarme caer yo solo. ¿Me tiro ya sobre la lona?

—No creo que a Kelly le gustara —advirtió Cox, riendo de nuevo.

—Estoy seguro de que no —rezongó Tony.

—¡Vamos, podéis empezar! —indicó el mánager.

Bruce Kelly fue a por el periodista con los guantes por delante.

Tony Grant empezó a bailotear por el *ring*, diciéndose que esa era la única manera de evitar que el boxeador le alcanzara con sus guantes.

Los púgiles de Larry Hartman rompieron a reír, porque el bailoteo del periodista resultaba muy cómico. Más que en un *ring*, parecía que estuvieran en una discoteca, bailando los ritmos de

moda.

Arthur Cox tampoco podía contener la risa.

Incluso el propio Bruce Kelly reía los divertidos movimientos del periodista.

De pronto, el boxeador se puso muy serio.

Y con razón, pues Tony Grant, de forma tan repentina como inesperada, acababa de colocarle un guante en la cara.

Y con bastante contundencia, además.

Kelly intentó cobrarse con creces el golpe, pero el periodista se retiró velozmente, dando unos pasos de tango, y los guantes del púgil profesional solo golpearon la densa y caliente atmósfera.

—¡Maldita sea, Grant! —rugió—. ¡Has tenido la osadía de atizarme en pleno rostro!

—¡Lo siento, Kelly! ¡Se me escapó el guante!

—¡Lo vas a pagar caro!

—Dime cuánto te debo, y si llevo bastante en la cartera...

—¿Qué?

—Es un chiste, Kelly.

—¡Yo te daré a ti chistes, gracioso! —bramó el boxeador, y se lanzó sobre el periodista.

Tony esquivó hábilmente su furiosa acometida y reanudó el cómico bailoteo, para desesperación del púgil, que no encontraba la manera de atraparle.

—¡No te escabullas, gallina!

A Tony le sentó mal lo de «gallina» y le arreó un rápido «picotazo» con el guante zurdo, que llegó nítidamente a la cara del boxeador.

Kelly acusó el golpe.

—¡Condenación! —relinchó, y disparó de nuevo sus puños.

No alcanzó al periodista, porque este se había alejado ya a ritmo de samba. Y hasta parecía que tocaba las maracas.

La cólera de Bruce Kelly era cada vez mayor.

—¡Te escurres como una anguila, maldito!

—¡Lo siento, pero es lo único que sé hacer! —respondió Tony, sin dejar de bailar.

—Tiene un buen juego de piernas, ¿eh, Bruce? —dijo Arthur Cox, con los ojos llorosos de tanto reír.

—Para piernas, las de Pamela Ericson —repuso Tony—. ¡Quitan

el hipo! ¿No la han visto ustedes en televisión anunciando las medias «Cupido»...?

Bruce Kelly soltó un rugido.

—¡Ven aquí, comadreja!

Tony no solo no fue, sino que aún se distanció más.

Kelly arrancó como un toro.

El periodista hizo como que iba a escabullirse por la derecha, pero se escabulló por la izquierda, y el boxeador cayó sobre las cuerdas, teniendo que agarrarse a ellas para no perder el equilibrio.

Cuando se volvió, hecho una verdadera furia, se encontró con los guantes de Tony Grant.

Los dos percutieron en su cara.

Bruce Kelly lanzó un bramido de ira y atacó de nuevo al periodista, pero este lo burló por enésima vez con su endemoniado bailoteo.

El púgil se detuvo un instante, resollando como un rinoceronte.

Tony le dedicó unos pasos de samba, y de nuevo pareció que tocaba las maracas.

De repente, la «maraca» derecha del periodista estalló en el mentón de Bruce Kelly, quien estuvo a punto de derrumbarse.

Otro golpe, acabó con la verticalidad del boxeador.

Arthur Cox y el resto de los púgiles de Larry Hartman reflejaron un asombro infinito en sus caras.

¡Bruce Kelly tumbado sobre la lona!

¡Y lo había derribado un simple periodista que no entendía ni jota de boxeo!

¡No podían creerlo!

Tony Grant, más contento que unas castañuelas, pidió:

—¡Cuente, Arthur, cuente! ¡Dijo usted que iba a hacer de árbitro!

El mánager no tuvo más remedio que empezar la cuenta de los diez segundos.

—¡Cállate, estúpido! —rugió Kelly, y se levantó de un salto.

—¡Ay, madre! —exclamó Tony, buscando ya dónde esconderse, porque el boxeador estaba mucho más furioso que antes de sufrir la humillante caída.

El periodista se colocó en uno de los rincones del cuadrilátero.

Kelly se lanzó sobre él como un huracán.

Tony, que ya no bailaba, saltó en el último segundo por encima de las cuerdas y cayó fuera del *ring*.

El púgil no pudo frenar su impulso y se estrelló contra el hierro del rincón, propinándose un terrible golpe en la cabeza, que le hizo perder el sentido en el acto.

Bruce Kelly se desplomó sobre la lona y quedó inmóvil.

Tony Grant dio un brinco de alegría.

—¡Cuente, Arthur, cuente!

—No es necesario —gruñó el mánager—. Bruce ha perdido el conocimiento.

—¡Lo he dejado K.O.!

—No has sido tú, Grant, sino el hierro del rincón.

—¡Sí, pero yo lo derribé una vez! ¡Tumbé a Kelly de un sopapo!

—Todavía no logro explicármelo.

—¡Soy un fenómeno, Arthur! ¡El terror de las doce cuerdas! ¡El monstruo del *ring*! ¡La bestia del cuadrilátero!

—Un payaso, eso es lo que eres —masculló Cox.

—A lo mejor dejo el periodismo y me dedico al boxeo. ¡Con mi extraordinario juego de piernas, soy capaz de marear a cualquiera!

—Más vale que te largues, Grant —aconsejó el mánager—. Cuando Bruce despierte, querrá hacer albóndigas contigo.

—Me esfumaré en cuanto me quite los guantes. Ya casi no puedo con ellos.

Arthur Cox se los quitó.

Tony Grant cogió su chaqueta y su corbata, y abandonó rápidamente el gimnasio de Larry Hartman.

CAPÍTULO XI

Angela Dawson, la compañera de trabajo de Tony Grant, estaba de mal humor. La culpa la tenía la breve conversación que por la mañana había mantenido con Tony y que no había podido olvidar en todo el día.

La atractiva periodista se dijo que un baño de agua templada y relajante calmaría sus nervios, y se dispuso a prepararlo tan pronto como llegó a su apartamento.

Mientras la bañera se llenaba, Angela se desvistió en su dormitorio y luego cubrió su cuerpo desnudo con una corta bata de baño, de colores muy vivos.

Minutos después, el baño estaba listo.

Angela Dawson estaba ya soltando el cinturón de su bata, cuando sonó el timbre del apartamento.

—Vaya, qué oportuno —rezongó, contrariada, y se ató de nuevo el cinturón.

Acudió a abrir, con los pies descalzos.

Cuando tiró de la puerta y vio que se trataba de Tony Grant, estuvo a punto de sufrir un ataque de ira.

—¡Tú tenías que ser! —barbotó, con ojos centelleantes.

Tony bajó la mirada, como avergonzado.

Pero no.

Si bajó la mirada, fue para poder contemplar las hermosas piernas de su compañera de trabajo, largas, esbeltas, suaves como el terciopelo.

—Tú también podrías anunciar las medias «Cupido», Angela —murmuró, maravillado.

—¿Qué?

—No, nada —tosió el joven, levantando los ojos.

—¿A qué demonios has venido?

—Necesito ayuda, Angela, y pensé en ti.

—¿Por qué precisamente en mí?

—Eres mi mejor amiga.

—¡Te equivocas! ¡Soy tu peor enemiga!

—No, eso lo dices porque te dura el enfado. En el fondo, me estimas tanto como yo a ti.

—¿Estimarte? ¡Quisiera verte colgado!

—Tal vez me veas muy pronto.

—¿Piensas ahorcarte?

—No, yo le tengo demasiado apego a la vida.

—¿Entonces...?

—Quieren liquidarme, Angela.

—¡Algún marido al que le has puesto los cuernos con su mujer, seguro!

—Te equivocas.

—¿Vas a decirme que ahora respetas a las casadas...?

—Yo siempre he respetado a las mujeres, casadas o solteras. Incluso a las viudas, que también las hay de muy buen ver.

—¡Ja!

—Es la verdad, Angela. En realidad, son las mujeres las que no me respetan a mí. Debo parecerles un tipo atractivo, porque enseguida se me insinúan. Y como uno no es de piedra...

—¡No serás de piedra, pero tienes la cara de granito!

—Por favor, Angela, no discutamos más, Estoy que me caigo y, si no me dejas entrar y sentarme en el sofá, me derrumbaré aquí mismo.

—¿A qué se debe tanta flojedad? ¿Has estado divirtiéndote con dos mujeres a la vez...?

—Con tres.

—¡Y tienes la desfachatez de...! —montó en cólera la periodista.

—Espera, Angela, que no eran tres mujeres, sino tres hombres.

La joven agrandó sus bonitos ojos.

—¿Hombres...?

—Sí.

—¿Es que ahora te gustan los tíos...?

—Como vuelvas a pensar eso, te suelto una bofetada.

—Pero tú acabas de decir que estuviste divirtiéndote con tres hombres...

—Ellos se divirtieron. Yo lo pasé muy mal.

—No me extraña, si los tres...

—¡No, no hicieron lo que estás pensando! ¡Mi trasero está

intacto!

—Me alegro —sonrió ligeramente la periodista.

—Esos tipos me dieron una paliza, Angela. Me golpearon con una pistola, con una bolsa de perdigones, me pisotearon el cuello... Fue horrible, créeme.

—¿Por qué te pegaron, Tony?

—Te lo contaré si me dejas entrar. No puedo tenerme en pie ni un minuto más.

Angela Dawson entrecerró un ojo con desconfianza.

—¿No será uno de tus trucos para colarte en mi apartamento...?

—¿Quieres que te enseñe las marcas que tengo en el cuerpo?

—No es necesario. Vamos, pasa —indicó la muchacha, haciéndose a un lado.

—Gracias, Angela —sonrió Tony, entrando en el apartamento.

La periodista cerró la puerta y dijo:

—Has sido muy inoportuno, ¿sabes?

—¿Por qué?

—Iba a darme un baño.

—Oh, por mí no dejes de hacerlo. Te frotaré la espalda, si quieres.

—¿No acabas de decir que no puedes tenerte en pie...?

—Puedo frotártela sentado en el borde de la bañera —carraspeó Tony.

—¿Y si te resbalas y te caes en la bañera...?

—Bueno, creo que a mí tampoco me sentaría mal un baño.

—Tienes más cara que un hipopótamo con sombrero mexicano.

Tony rio.

—Eso ha tenido gracia, Angela.

—Vamos, tira para adentro —rezongó la muchacha, empujándolo hacia el *living*.

Tony se dejó caer en el sofá.

—Creí que no llegaba —suspiró exageradamente.

—Teatro, mucho teatro.

—Conque teatro, ¿eh? —masculló Tony, levantándose la pernera del pantalón hasta la rodilla—. Observa mi pantorrilla, anda. Eso me lo hicieron con la bolsa de perdigones.

Angela miró y descubrió el manchón azulado que cruzaba la pantorrilla del joven.

—Debió ser un golpe muy duro, Tony —murmuró, estremecida.

—Ya lo creo que lo fue. En la pantorrilla izquierda, tengo otro moretón parecido. Y otro más en el muslo. También tengo hematomas en el hombro y en el cuello. Y tú diciendo que hago teatro…

La periodista se mordió el labio inferior.

—Lo siento, Tony.

—Ponme un trago, anda. Lo necesito.

—Enseguida.

Angela Dawson se acercó al mueble-bar.

Como era más bien bajo, tuvo que inclinarse para coger la botella de *whisky*. Lo hizo de espaldas a Tony Grant, por lo que este, gracias a la brevedad de la vistosa bata de baño, pudo contemplar una panorámica sensacional.

De las que en el cine solo pueden ver los mayores de 18 años, vamos.

Como el periodista tenía veintiocho, quiso ver más, y se agachó tanto que su cabeza casi tocaba el suelo.

Huelga decir que la panorámica, desde aquella perspectiva, era realmente fantástica. De las clasificadas «S» o «X».

Angela Dawson, sin sospechar que el zorro de Tony Grant se estaba deleitando con la contemplación de su precioso trasero desnudo, escanció *whisky* en un par de copas y luego se irguió, con ellas en las manos.

Al darse la vuelta, casi sorprende al bribón de Tony con la cara rozando literalmente el suelo. Por un pelo no lo pilló. En cambio, si advirtió que el joven tenía el rostro congestionado, mitad por su forzada postura, mitad por el excitante espectáculo que acababa de presenciar.

—¿Qué te ocurre, Tony…?

—¿A mí?

—Tienes la cara muy colorada, y te brillan mucho los ojos.

El periodista se puso la mano en la frente.

—Es posible que tenga un poco de fiebre.

—¿Quieres que vaya a por el termómetro?

—Oh, no, solo son unas décimas. Se me pasará en cuanto eche ese trago. Ven, siéntate a mí lado y te lo contaré todo.

Angela se acercó, le entregó una de las copas, y se sentó en el

sofá, junto a él.

—Empieza, Tony. Estoy ansiosa por saber lo que te ocurrió.

—Yo también estoy ansioso, pero por otro motivo —murmuró el periodista, posando un instante su mirada en los tentadores muslos de su compañera de trabajo, totalmente exhibidos, pues la corta bata de baño no prestaba para más.

—¿Decías, Tony…?

—No, nada —carraspeó el joven, y bebió un sorbo de *whisky*.

A continuación, inició el relato de todo lo que le había sucedido.

* * *

Angela Dawson había escuchado al joven con mucho interés, porque el relato de Tony la llevaba de sorpresa en sorpresa, hasta el punto de obligarla a morderse las uñas repetidas veces.

—Es una historia increíble, Tony… —murmuró.

—Sí, pero absolutamente cierta —aseguró el periodista.

—¿Cómo piensas obtener las pruebas que necesitas para denunciar a la policía a Larry Hartman y todos sus secuaces?

—Le he proporcionado al mánager de Sullivan una grabadora diminuta, que él llevará siempre encima. Cuando los matones de Hartman se le acerquen para ordenarle que drogue nuevamente a su boxeador en el combate de revancha, Tunney accionará el minúsculo magnetófono disimuladamente y toda la conversación quedará grabada.

—¿Será suficiente con eso, Tony?

—Supongo que sí, pero no será la única prueba que presente a la policía. Obtendré más, pero no te digo cómo, porque no quiero asustarte.

—Ya estoy asustada, Tony.

El periodista alzó la mano y le acarició suavemente el rostro.

—Eres una chica estupenda, Angela.

—Y tú un cabeza loca.

—¿Por qué dices eso?

—Te has metido en un lío muy gordo, Tony. Y ya veremos cómo sales de él.

—Sano y salvo, ya verás.

—De momento, ya te han propinado una buena paliza.

—Me la cobraré, te lo aseguro.

—¿Qué puedo hacer por ti, Tony?

—Muchas cosas.

—¿La primera…?

—Darme un beso.

—Pasemos a la segunda.

—Creí que ya me habías perdonado, Angela.

—Pues te equivocaste.

—En ese caso, será mejor que me vaya. No puedo pedirle ayuda a alguien que me guarda rencor.

—Depende de lo que sea. Yo puedo curarte los golpes, si quieres.

—A eso vine, Angela. Pero no importa, ya me los curaré yo.

—No digas tonterías.

—Si no me das un beso, me largo. Aunque sea a rastras.

—Eso no es más que una amenaza.

—Te demostraré que hablo en serio —rezongó Grant, e hizo ademán de levantarse del sofá.

Angela lo agarró del brazo.

—Espera, Tony.

—¿Me has perdonado ya, Angela?

—No, pero te daré el beso.

—Venga.

Angela le besó, con nulo entusiasmo, pero cuando iba a retirarse, Tony la abrazó y la besó con ardor.

La periodista intentó separarse de él, pero eso fue el principio.

Poco a poco, su forcejeo fue perdiendo energía, hasta acabar completamente abandonada entre los brazos de Tony, recibiendo sumisa su largo y apretado beso.

CAPÍTULO XII

Todos los periódicos de Nueva York hablaban ya del combate de revancha que iban a disputar próximamente Mike Sullivan y Bruce Kelly en el Madison Square Garden.

Como en la ocasión anterior, todos los comentaristas deportivos pronosticaban una nueva victoria del púgil neoyorquino, aunque sin despreciar al boxeador californiano, cuyas virtudes pugilísticas señalaban en sus comentarios previos al nuevo enfrentamiento.

Había, claro está, una excepción: el «New York Herald».

En sus páginas deportivas, Tony Grant insistía en que Mike Sullivan era un excelente boxeador, superior en su opinión a Bruce Kelly, y vaticinaba que el púgil californiano vencería en esta ocasión al neoyorquino.

Y de forma clara y rotunda, además.

Larry Hartman no se enfadaba por ello, pues creía que Tony Grant escribía todo aquello para darle ambiente a la pelea, despertando el interés de los aficionados, y celebraba que el periodista hiciese aquellos comentarios en las páginas deportivas de su periódico.

Cuando se disputase el combate y Bruce Kelly derrotase nuevamente a Mike Sullivan, ayudado por la droga que el mánager del boxeador californiano echaría en la botella de agua de su pupilo, Tony Grant cambiaría totalmente de opinión en su comentario sobre el combate de revancha, elogiando a Kelly y reconociendo que este era mejor boxeador que Sullivan.

Esto, naturalmente, era lo que pensaba Larry Hartman, que no sospechaba las verdaderas intenciones de Tony Grant. De ahí que no solo no impidiese que el periodista hablara así en su periódico de la pelea de revancha, sino que incluso le envió un sobre con quinientos dólares, como premio por tratar de darle interés y emoción al combate.

Tony le dio las gracias. Pero lo hizo telefónicamente.

No quería volver por el gimnasio de Larry Hartman, a menos

que fuese absolutamente necesario. Sospechaba que Bruce Kelly estaría deseando encontrárselo de nuevo para cobrarse la humillación que sufriera días atrás, y el periodista no tenía ganas de ponerse otra vez los guantes de boxeo.

El mismo día del combate de revancha, por la mañana, Max Tunney salió del Hotel Continental en busca de algunos periódicos, tal y como hiciera la otra vez.

Y el mánager de Mike Sullivan esperaba que, como entonces, los matones de Larry Hartman le rodeasen de nuevo y le obligasen a subir en su coche, para darle allí las instrucciones correspondientes.

En efecto, así ocurrió.

Jim «Cara de Ladrillo», Joe «Perdigones» y Eddy «El Mudo» aparecieron de forma repentina, agarraron al mánager del californiano, y lo metieron en el «Chevrolet» negro.

Max Tunney accionó con disimulo la pequeña grabadora que le entregara Tony Grant, quien, escondido frente al Hotel Continental, filmó la súbita aparición de los gorilas de Larry Hartman con un tomavistas.

Sería una prueba más de los sucios métodos que empleaba Hartman para conseguir las victorias de sus boxeadores.

En esta ocasión, el «Chevrolet» no arrancó, sino que continuó estacionado cerca del Hotel Continental. Ello se debía a que los matones de Hartman pensaban que no tendrían necesidad de maltratar al mánager de Sullivan para convencerle de que debía drogar de nuevo a su boxeador.

A Tony Grant le vino muy bien que el «Chevrolet» no se alejara del hotel, porque así podía seguir filmando la escena.

En el interior del coche, Jim «Cara de Ladrillo» sonrió y dijo:

—¿Te acuerdas de nosotros, Tunney?

—Sí, claro —respondió el mánager.

—¿No adivinas lo que queremos? —preguntó Joe «Perdigones», sonriendo también.

—Lo mismo que la otra vez, supongo.

—Exacto —asintió Jim—. Entonces, te entregamos mil dólares para que drogaras a Mike Sullivan entre los asaltos segundo y tercero. En esta ocasión, te entregaremos dos mil.

—Larry Hartman es un tipo muy generoso, y sabe premiar a quienes cumplen sus órdenes sin rechistar —añadió Joe,

jugueteando con su bolsa de perdigones.

Max Tunney fingió un estremecimiento.

—No puedo negarme, ¿verdad?

—Tú lo has dicho —sonrió «Cara de Ladrillo», sacando su automática provista de silenciador—. Si no haces lo que te ordenamos, Sullivan, Ramírez y tú, correréis la misma suerte que Kid Foster y su mánager.

—Ya sabes que los liquidamos nosotros por desobedecer nuestras órdenes —recordó Joe «Perdigones».

—Está bien, haré lo que me pedís —accedió Tunney—. Dadme la droga y los dos mil dólares.

Jim «Cara de Ladrillo» le entregó ambas cosas e indicó:

—Esta vez, le echas la droga a Sullivan entre los asaltos primero y segundo. Es de suponer que saldrá atacando desde el primer momento, furioso por su derrota anterior, y quizá Kelly no pudiera resistir los dos primeros asaltos. La otra vez ya lo pasó muy mal en el segundo, y Larry Hartman no quiere que eso se repita. ¿Entendido?

Max Tunney asintió con la cabeza.

—Sí, drogaré a Sullivan en cuanto acabe el primer asalto.

—Buen chico.

Joe «Perdigones» abrió la portezuela y salió del «Chevrolet».

—Abajo, Tunney —indicó.

El mánager descendió del vehículo.

Joe se introdujo de nuevo en el coche.

Eddy «El Mudo» puso el motor en marcha y el «Chevrolet» se alejó.

* * *

Tony Grant esperó a que el coche de los matones de Larry Hartman se perdiera de vista. Entonces, abandonó su escondite, cruzó rápidamente la calle y se reunió con Max Tunney.

—¿Nos filmaste, Grant? —preguntó el mánager, nervioso.

—Sí, de principio a fin —respondió el periodista.

—¡Magnífico!

—¿Accionaste la grabadora, Max?

—¡Desde luego!

—Vamos arriba. Estoy deseando escuchar la grabación.

—¡Lo dijeron todo, Grant! Incluso que fueron ellos quienes asesinaron a Kid Foster, el boxeador de Colorado, y su mánager, por no obedecer sus órdenes.

—¡Fantástico, Max!

Tony Grant y Max Tunney se metieron rápidamente en el hotel y subieron a la habitación de Mike Sullivan, en donde aguardaban este y César Ramírez, dominados por la ansiedad de saber si el plan del periodista había dado resultado.

Los cuatro escucharon atentamente la grabación.

—¡Es mucho más de lo que esperaba! —exclamó Tony, jubiloso.

—¡Te dije que lo habían dicho todo, Grant! —recordó Tunney.

—¡Los tenemos atrapados! —dijo el gigante mexicano.

—¡La filmación demostrará que la grabación es auténtica! —señaló Sullivan.

—¡Así es, Mike! —asintió Tony—. ¡Esta noche podrás sacudir a Bruce Kelly sin ningún temor! ¡Cuando acabe el combate, la policía arrestará a Larry Hartman y toda su pandilla!

Mike Sullivan lanzó unos cuantos puñetazos al aire.

—¡Voy a destrozar a ese torpón de Kelly!

Tony, Max y César rompieron a reír.

* * *

Angela Dawson se encontraba en su oficina, trabajando, cuando vio aparecer a Tony Grant.

—Hola, preciosa —dijo el periodista, risueño.

—Contigo no quiero nada, Tony —gruñó la joven, ceñuda.

Grant puso cara de sorpresa.

—¿Qué he hecho esta vez...?

—¿Has olvidado lo que pasó la noche que viniste a mí apartamento con la excusa de que te habían dado una paliza?

—No era una excusa, te mostré los hematomas.

—Te habían golpeado, es cierto. Pero no era verdad que no pudieses ni tenerte en pie. Un hombre débil no me habría abrazado y besado con tanta energía.

Tony carraspeó.

—Bueno, el trago de *whisky* me reanimó bastante y...

—Te reanimó del todo, por lo visto, pues intentaste llevarme a la cama.

—Es que en la cama se descansa mejor que en un sofá.

—Tú no tenías intención de descansar, querías hacerme el amor.

—¿Y qué tiene eso de malo? Soy un hombre, tú eres una mujer, y me gustas una barbaridad.

—A ti te gustan todas.

—Tanto como tú, ninguna.

—Es lo que suelen decir los conquistadores, pero conmigo no te sirve. Yo no me trago la píldora...

—Angela, yo te aseguro que...

—Cambia de disco, Tony, por favor.

—Sé que te gusto, Angela. Me lo demostraste en tu apartamento.

—Tuve un momento de debilidad, eso es todo.

—Es inútil que finjas. Te sentías a gusto en mis brazos, te complacía que te besara con tanta pasión, incluso me permitiste que te acariciara las piernas. Deseabas que te hiciera el amor, estoy seguro.

—Si lo hubiera deseado, no te habría frenado. Y lo hice, recuérdalo.

—Me frenaste porque no te fías de mí, no porque no me desees. Temes que, cuando nos hayamos acostado juntos unas cuantas noches, me olvide de ti y me divierta con otras mujeres.

—Es lo que sueles hacer siempre, confiésalo.

Tony Grant movió la cabeza.

—Estás equivocada, Angela. Contigo sería distinto. Fui sincero al decir que me gustas más que ninguna. Si tú y yo iniciamos una relación más íntima, lo más probable es que dure toda la vida.

—No duraría ni un par de semanas. Te conozco bien, Tony. Tú no eres de los que se conforman con una sola mujer. Quieres tener un harén, como los jefazos árabes.

—Dame al menos la oportunidad de demostrarte que contigo tendría más que suficiente, Angela.

—No, no dejaré que me tengas a prueba. No soy un melón, ¿sabes?

Tony sonrió.

—No necesito catarte para saber que me gustas. Y he aquí la prueba de que soy terriblemente sincero. ¿Quieres casarte conmigo,

Angela?

La inesperada proposición de matrimonio puso nerviosa a la periodista.

—No me gustan esas bromas, Tony.

—¿Quién bromea?

—El matrimonio no ha entrado, ni entrará jamás, en tus planes. Estimas demasiado tu soltería.

—Estoy decidido a perderla, créeme.

—No, no puedo creerte.

—Medítalo, Angela, porque hablo en serio.

La muchacha guardó silencio.

Tony Grant sacó algo del bolsillo de su chaqueta y lo dejó sobre la mesa.

—¿Qué es eso? —preguntó Angela.

—Una entrada para la velada de boxeo de esta noche. Pensé que te gustaría presenciar el combate de revancha que van a disputar Mike Sullivan y Bruce Kelly, y la saqué para ti.

—Te lo agradezco mucho, Tony.

—¿Acudirás al Madison?

—Por supuesto.

—Nos veremos allí. Hasta la noche, Angela.

—Adiós.

—Y no olvides mi proposición, ¿eh? Te repito que va muy en serio —insistió el joven, antes de abandonar la oficina de Angela Dawson.

CAPÍTULO XIII

En esta ocasión, Tony Grant acudió temprano al Madison Square Garden para presenciar los combates programados como aperitivo del plato fuerte de la velada, que era, lógicamente, la pelea de revancha entre Mike Sullivan y Bruce Kelly.

El público no llenaba todavía completamente el recinto deportivo, pero los aficionados seguían llegando y, antes de que diese comienzo el combate estelar de la noche, el local estaría a tope.

Como Tony ya sabía cuál era la localidad que tenía reservada el «New York Herald», no tuvo que recurrir a un acomodador. Se dirigió directamente a ella y la ocupó, después de saludar a Bob Nolan y Stan Perkins, a los que no había visto desde la anterior velada pugilística.

—¿Qué tal, muchachos?

—Hola, Tony —sonrió el rubio Nolan.

—¿Cómo te va, compañero? —preguntó el pelirrojo Stan.

—Estupendamente —respondió Grant.

Nolan y Perkins se miraron, sorprendidos.

El primero preguntó:

—¿No has tenido problemas con la gente de Larry Hartman, Tony?

—Por supuesto que sí —asintió el joven.

—Era de esperar —rezongó Perkins.

—Te advertimos que los tendrías, pero no nos hiciste caso —masculló Nolan.

Tony Grant continuó risueño.

—Tranquilos, los matones de Hartman solo me dieron unos golpes. Fue el mismo día que apareció mi comentario sobre la pelea entre Sullivan Y Kelly. Desde entonces, no han vuelto a molestarme.

—Bien, ahora ya sabes lo que tienes que hacer, Tony —repuso el rubio Nolan—. Esta noche volverá a ganar Kelly, no le pongas peros a su victoria, y no tendrás más problemas con los gorilas de

Hartman.

—Es lo que haremos todos —suspiró el pelirrojo Perkins.

Tony sacudió la cabeza.

—Estáis equivocados, muchachos. Esta noche no ganará Kelly, sino Sullivan, y así tendremos que decirlo en nuestros respectivos periódicos o revistas.

Nolan y Perkins no quisieron discutir con Grant. Ellos sabían que Bruce Kelly no podía perder.

Tony, por su parte, tampoco insistió, pese a estar absolutamente seguro de que Mike Sullivan ganaría el combate de revancha. Y no solo eso, sino que le daría una gran paliza al púgil neoyorquino.

El joven buscó con la mirada a Angela Dawson, pero la muchacha todavía no había llegado. Su silla estaba vacía.

A quien sí vio Tony, fue a Larry Hartman, acompañado de sus matones y sus otros cinco boxeadores. Entre ellos, llenaban casi una de las filas próximas al *ring*.

Hartman fumaba un enorme cigarro puro, que soltaba más humo que una hoguera india. Su gesto era de plena satisfacción, pues estaba convencido de que se iba a repetir la historia de la velada anterior.

Tony sonrió, pensando que Larry Hartman se iba a comer el purazo a mordiscos cuando viera que Mike Sullivan no perdía las fuerzas ni las ideas, y seguía machacando sin piedad a Bruce Kelly.

* * *

El momento cumbre de la noche había llegado ya.

Los combates preliminares habían finalizado y el público esperaba ansioso la aparición de Mike Sullivan y Bruce Kelly.

El Madison Square Garden se había llenado de bote en bote.

Angela Dawson ocupaba ya su localidad.

Tony Grant la había saludado, desde la suya, y ella le correspondió con una sonrisa que parecía decir muchas cosas. Lástima que no pudiera decírselas de palabra, pero ya lo haría cuando acabase la velada pugilística.

La aparición de Mike Sullivan y Bruce Kelly fue acogida con una estruendosa ovación del público, que no cesó hasta que ambos boxeadores estuvieron sobre el *ring*.

El púgil californiano iba acompañado de Max Tunney y César Ramírez, mientras que Arthur Cox acompañaba al púgil neoyorquino.

El presentador de los combates cumplió con su obligación y el árbitro, tras llamar a ambos púgiles al centro del *ring* y hacerles las advertencias de rigor, se dispuso a indicar el comienzo de la pelea.

Mike Sullivan miró un instante a Tony Grant y le sonrió, como diciendo: «Te dedico el palizón que voy a propinarle a ese fantasma de Bruce Kelly, Tony».

El periodista entendió y sonrió a su vez al bravo boxeador.

La campana sonó.

Mike Sullivan fue el primero en abandonar su rincón, con los puños por delante.

En esta ocasión, no hubo estudio previo.

Sullivan ya sabía quién era y cómo boxeaba Kelly, y se fue directo hacia él, con unas ganas locas de hincharle la cara a golpes.

El neoyorquino, que ya esperaba una salida así del californiano, trató de capear el temporal lo mejor posible. Él ya atacaría en el segundo asalto, cuando la droga empezase a minar las fuerzas de su peligroso rival.

Pero no le iba a ser fácil contener a Mike Sullivan.

El boxeador de San Francisco era un torbellino, un vendaval, un maremoto humano, y no había Dios que lo frenara.

Sus puños caían una y otra vez sobre la cara o el torso de su contrincante, con rapidez y potencia, castigándolo todo. Cejas, pómulos, nariz, mentón, plexo solar, flancos, estómago, hígado…

Bruce Kelly hacía todo lo posible por cubrirse, pero hubiera necesitado una docena de guantes para protegérselo todo.

Mike Sullivan seguía siendo una furia desatada, imposible de frenar y ensayaba golpes de todas clases. Directos, ganchos, balanceados, «swing», «upper-cuts»…

Los espectadores rugían, enardecidos por la espectacular salida del boxeador californiano, y todo el mundo esperaba que Bruce Kelly se derrumbase sobre la lona de un momento a otro, incapaz de resistir tan tremendo castigo.

El neoyorquino, en efecto, dobló la rodilla.

El árbitro empezó a contarle los diez segundos reglamentarios, entre el entusiasmo desbordado del público.

Kelly no tenía ninguna prisa por erguirse.

Intuía que el primer asalto estaba a punto de finalizar, y no quería recibir más castigo.

Efectivamente, la campana sonó antes de que el árbitro acabase la cuenta, y los púgiles se retiraron a sus respectivos rincones.

Larry Hartman exhaló un suspiro de alivio, pues llegó a temer que su boxeador cayera noqueado en el primer asalto y concluyera el combate con la centelleante victoria de Mike Sullivan.

Ahora, en el segundo asalto, y con la ayuda de la droga, el californiano sería pan comido para Bruce Kelly.

Eso pensaba Hartman, claro.

Pero, como Max Tunney no echó la droga en el agua, Mike Sullivan volvió a salir de su rincón con los guantes por delante, dispuesto a aplastar a su adversario.

El palizón se reanudó, para delirio de los espectadores, que no paraban de rugir, enfervorizados.

Larry Hartman y su gente empezaron a perder el color.

No comprendían lo que estaba pasando.

La droga tenía que haber hecho efecto ya.

Hartman sospechó que el mánager de Sullivan no había echado la droga en el agua, y envió urgentemente a sus matones para que, con disimulo, obligasen a Max Tunney a cumplir lo que se le había ordenado.

Quizá ya no sirviera de nada, porque sería muy difícil que Bruce Kelly resistiese aquel segundo asalto, pero había que intentarlo.

Jim «Cara de Ladrillo», Joe «Perdigones» y Eddy «El Mudo» abandonaron rápidamente sus asientos y trotaron hacia el rincón del californiano para amenazar a su mánager y al boxeador retirado.

Tony Grant se dio cuenta de ello y brincó de su silla, gritando:

—¡Max! ¡César! ¡Cuidado!

A pesar del griterío del público, Tunney y Ramírez oyeron al periodista y se volvieron en el acto, recibiendo a los matones como estos se merecían.

El gigante mexicano le soltó un trallazo a Jim «Cara de Ladrillo» y lo derribó espectacularmente. El mánager, por su parte, hundió su pelado cráneo en el estómago de Joe «Perdigones», enviándolo también al suelo.

Eddy «El Mudo» intentó golpear a César Ramírez, pero este le incrustó el puño zurdo en el hígado y se lo dejó hecho un puro «foie-gras».

El matón se dobló y abrió las fauces de par en par pero, como estaba mudo de verdad, no pudo quejarse.

El mexicano puso en marcha su gancho de derecha y le cerró la boca a Eddy, al que tumbó irremisiblemente.

Jim «Cara de Ladrillo», furioso por el castañazo recibido, extrajo su pistola automática con disimulo, pero no llegó a usarla, porque Tony Grant lo vio y le atizó una patada en la mano, obligándole a soltar el arma.

Hartman envió a sus cinco boxeadores como refuerzo y, al pie del cuadrilátero se organizó una pelea colosal.

Por fortuna, César Ramírez, pese a estar retirado, seguía en espléndida forma y repartía puñetazos a diestro y siniestro.

Tony Grant y Max Tunney tampoco se quedaban mancos, a la hora de sacudir, y entre los tres mantenían a raya a la gente de Hartman.

Mike Sullivan se percató de lo que estaba sucediendo abajo, y como ya le había atizado mucho y duro a Bruce Kelly, le colocó un guante entre los ojos, como último y demoledor golpe, y lo tumbó sobre la lona cuan largo era.

El californiano sabía que su rival no se levantaría ni aunque lo pinchasen con un tenedor, así que saltó del *ring* y ayudó a sus compañeros a darle su merecido a la gente de Hartman.

Al ver que la policía intervenía, Larry Hartman intentó huir, pero Tony Grant no se lo permitió. Cayó sobre él como una fiera y empezó a sacudirle con ambos puños.

Cuando los agentes de la ley se hicieron cargo de Hartman, este se hallaba prácticamente inconsciente, lo mismo que la mayoría de sus secuaces.

El público, que no entendía nada, rompió a aplaudir.

Habían presenciado una pelea que no estaba en el programa, y eso era muy de agradecer.

EPÍLOGO

Tony Grant presentó sus pruebas a la policía, las cuales, unidas a lo que había sucedido al pie del *ring* del Madison Square Garden, fueron suficientes para que Larry Hartman y toda su gentuza quedasen arrestados, en espera del correspondiente juicio, del que iban a salir muy malparados.

Más tarde, el periodista se reunía con Angela Dawson.

—Ya acabó todo, Angela.

—Menos mal.

—Hartman y sus secuaces van a pasarse un montón de años entre rejas. Alex Fosley declarará contra ellos en el juicio. También lo harán Bob Nolan y Stan Perkins. Y otros muchos críticos deportivos.

—Cuánto me alegro, Tony.

—Tengo que ir a la redacción. Mañana, el «New York Herald» contará a sus lectores todo lo que ha pasado esta noche en el Madison, y explicará por qué los boxeadores de Larry Hartman ganaban todos los combates.

—Te apuntarás un magnifico tanto, Tony.

—También nuestro periódico, que verá aumentado su prestigio. Y, en consecuencia, su tirada, que es lo importante.

—Seguro que el jefe te sube el sueldo.

—Me vendría muy bien, porque los hombres casados necesitan más dinero que los solteros.

Angela Dawson sintió que el corazón le latía con más fuerza.

—Tony…

El periodista la cogió por los hombros, con suavidad.

—¿Lo has meditado ya, Angela?

—Sí.

—¿Y…?

—Acepto la proposición, Tony. Y ojalá que no tenga que arrepentirme.

Grant la abrazó.

—No te arrepentirás, te lo prometo —dijo, y la besó con vehemencia.

Cuando separaron sus bocas, el periodista anunció:

—En cuanto acabe en la redacción, iré a tu apartamento. ¿De acuerdo?

—Insistes en probarme antes de la boda, ¿eh?

—Solo quiero demostrarte lo mucho que te amo, Angela.

—Está bien, pero no podré evitar el sentir complejo de melón —bromeó la muchacha.

—Qué melón tan delicioso —repuso Tony Grant, y volvió a besar con ardor los carnosos labios de Angela Dawson.

FIN

EDICIONES CERES, S. A.
Apartado de Correos, 9.142 Barcelona

Precio en España: 60 ptas.

IMPRESO EN ESPAÑA. PRINTED IN SPAIN